Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

Gestores de la correspondencia
El Museo Británico, la Oficina de Relaciones Exteriores y las Ruinas de Centroamérica

Robert D. Aguirre

Llamamos valiosos a esos objetos que resisten nuestro deseo de poseerlos.
-GEORG SIMMEL, The Philosophy of Money [La Filosofía del Dinero]

En nuestras culturas el «ir arrastrando papeles» es la fuente de un poder esencial que constantemente escapa a nuestra atención ya que es ignorado materialmente.
-BRUNO LATOUR, «Drawing Things Together» [«Esbozando el Conjunto de las Cosas»]

El 17 de julio de 1851 el secretario de relaciones exteriores británico, Lord Palmerston (1784-1865), envió un despacho a su *chargé d'affaires* en Guatemala, Friederick Chartfield, informándole que el gobierno deseaba una colección de ruinas Mayas para el Museo Británico. A partir de esto, se puso en movimiento un secreto complot de catorce años de duración cuya finalidad, asombrosamente, ha pasado desapercibida[1]. Esto se debe en parte a que el complot no tuvo éxito y al final no se logró ningún monumento. Sin embargo, también es resultado de la rígida lógica del cuidado de los archivos imperiales; el conjunto de los documentos relevantes, algunos sesenta despachos, memorandos, informes y cartas que no se encuentran en el Museo Británico, entre otra correspondencia concerniente a antigüedades, sino en los archivos de la Oficina de Relaciones Exteriores y Coloniales (Foreign and Colonial Office) –que no es el primer lugar donde se buscaría material arqueológico. Terminaron ahí debido a que el esquema fue dirigido no desde Bloomsburry sino desde la calle Downing. Este aspecto curioso de la organización de archivos no es incidental sino constitutiva, invitándonos a considerar cómo el pillaje de las ruinas mesoamericanas ocurrió bajo el control administrativo e ideológico de funcionarios políticos, y cómo por lo tanto el archivo imperial funcionaba no sólo como un depósito de información, sino como una forma de acumulación de conocimientos y como una estructura del poder, siendo

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

tan enormemente facilitadora como fatalmente defectuosa. Intercaladas entre memorandos sobre exportación de caoba, maniobras navales y las rutas del canal y el ferrocarril a lo largo del istmo centroamericano, las cartas sobre las ruinas pre-Colombinas facilitan el examen de la declaración, que mientras por un lado el «'poder' de la burocracia es misterioso», por otro la 'oficina' es algo que se puede estudiar empíricamente», quizás incluso hasta el punto de explicar cómo el poder puede acumularse «sólo al observar los archivos»[2]. Los archivos en cuestión aquí, sin embargo, constituyen una forma particularmente compleja de «inscripción»: los despachos, una forma de escrito cuyo intercambio entre una intrincada red de comunicación permitió ese rasgo de quintaesencia de los imperios globales, la habilidad de manipular a las personas y las cosas desde lejos.

El despacho de Palmerston provee un valioso acceso a estos temas, incluso al concretar cuestiones específicas sobre el mismo complot. Dada la otredad de las ruinas Mayas y su alejamiento de los cánones estéticos adoptados, ¿cómo llegó a producirse una noción de su valor de deseables? ¿Qué argumentos se utilizaron para justificar su extracción, y cómo se organizaron estos argumentos en un plan de acción para una campaña imperial similar a la que pueda encontrarse en las páginas de una novela de aventuras? ¿Cómo los escritos diplomáticos –sus protocolos y procedimientos, sus iteraciones en los sistemas de almacenaje y recuperación, su función como garantes del destino imperial, su propio estilo- aparecen en el intento de apropiación de los monumentos? ¿Y en qué maneras la amplia relación de los británicos con Centroamérica dio forma a los motivos y a los medios del complot? He aquí las primeras líneas del despacho de Palmerston:

> He aquí que adjunto una copia de la correspondencia [24 junio 1851] que he recibido del Vizconde Mahon donde sugiere que sería deseable obtener para el Museo Británico algunos ejemplares de las ciudades en ruinas de Centroamérica y expone que las esculturas principales a las cuales se refiere pueden encontrarse en un sitio llamado Copán, cerca del río de ese mismo nombre, al final de la Bahía de Honduras y al Sur del asentamiento británico de Belice.
>
> Por tanto tengo que pedirle que realice las indagaciones sobre los aspectos prácticos para obtener ejemplares de las esculturas referidas en la correspondencia de L[ord] Mahon a mi persona y que me informe sobre el resultado, junto a cualquier información adicional que usted pueda obtener en relación a esas esculturas. Las esculturas son descritas de la página 134 hasta la 144 del primer volumen de una narración de viajes por Centroamérica del Sr. Stephens, un ciudadano de los Estados Unidos que visitó las ruinas entre 1839-1840[3]. (ver figuras 16-18)

Derechos Reservados IHAH

Gestores de la correspondencia

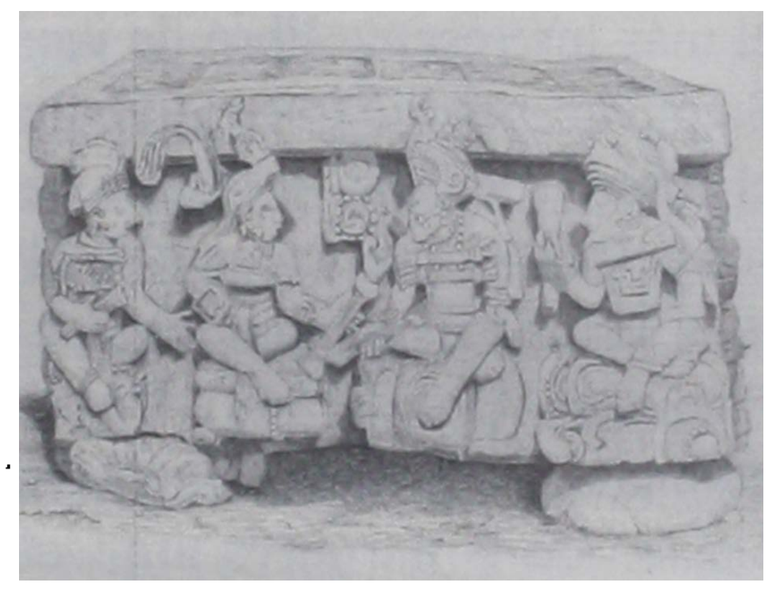

Figura 16. Frederick Catherwood, estatua de piedra, Copán, de John Lloyd Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan* [Incidentes de un Viaje por Centro América, Chiapas y Yucatán] (1841).

Figura 17. Frederick Catherwood, estatua de piedra, Copán, de John Lloyd Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan* [Incidentes de un Viaje por Centro América, Chiapas y Yucatán] (1841).

Figura 18. Frederick Catherwood, Altar Q, Copán, de John Lloyd Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan* [Incidentes de un Viaje por Centro América, Chiapas y Yucatán] (1841).

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

Como lo deja en claro Palmerston, había sido recibida una petición por parte del Vizconde Mahon (Philip Henry Stanhope, 1805-1875), apoderado del Museo Británico, presidente de la Sociedad de Antigüedades de Londres y de los últimos fundadores de la Nacional Portrait Gallery (Galería Nacional de Retratos). La correspondencia de Mahon vinculaba las ruinas de Centroamérica con las exploraciones arqueológicas del oriente, y por lo tanto con la tradición de aventuras orientales que, como ya lo hemos visto en relación con Bullock, ha asegurado a las antigüedades un sitial en el imaginario imperialista. Si el Museo Británico lograba tener éxito en remover las ruinas Mayas, escribió Mahon, las esculturas conformarían «una noble prenda para lo que recientemente hemos obtenido de Nieve» (FO15/75, f. 40) –joyas preciosas para adornar el gabinete nacional de antigüedades en Bloomsbury, un premio para ilustrar su dominio sobre el Oriente y el Occidente.[4]

Mahon supo sobre las ruinas a través de *Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan* [*Incidentes de un Viaje por Centro América, Chiapas y Yucatán*], publicado en 1841 por el cronista de viajes y abogado norteamericano John Lloyd Stephens con ilustraciones del arquitecto británico Frederick Catherwood.[5] Aunque Stephens y Catherwood no fueron los primeros en describir las ruinas, sí aumentaron la fama de éstas. Edgar Allen Poe, quien ya le había felicitado por las anteriores crónicas de Stephens sobre sus viajes por el Cercano Oriente, declaró que el nuevo texto sobre Centroamérica era «quizás el más interesante libro de viajes alguna vez publicado»; Prescott, al escribirle a Stephens, predijo que el trabajo daría forma a «un cierto tipo de *carte du pays* para el futuro viajero»; y Wilkie Collins obtuvo de Stephens lo concerniente al tema sobre Centroamérica en «The Perils of Certain English Prisoners» [«Los Peligros de Ciertos Prisioneros Ingleses»] (1857), escrito con Charles Dickens, y en *The Woman in White*[6] (1860). De hecho, *Incidents* [*Incidentes*] rápidamente se convirtió en una de las obras mejor vendidas sobre viajes del siglo y aún se considera un clásico de la narrativa arqueológica. Pero la narración de Stephens también se vuelca en un relato apasionante de deseo y pillaje, explicando cómo, equipado con un pasaporte diplomático de los Estados Unidos, él compró los terrenos en los cuales se encontraban las ruinas de Copán (actualmente en Honduras) por la cantidad de apenas cincuenta dólares. Su objetivo era «remover los monumentos de un pueblo desaparecido en una región desolada en la cual se encontraban sepultados, ubicarlos en el 'gran emporio comercial,' y encontrar una institución que fuera el núcleo de un gran museo nacional de antigüedades americanas[7]. En caso de no lograr remover una ciudad por completo, él proponía «exhibir cada

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

ejemplar: cortarla en pedazos y removerla por piezas, y hacer uso de las otras» (2:115). Se trataba entonces de destruir la integridad de los monumentos construidos destinados a un paisaje particular y estilizarlos con los mismos materiales. Si los museos europeos podían apropiarse de los tesoros de Egipto, Grecia y Roma, muchos de los cuales caían en estas mismas categorías de estar cimentados en los respectivos territorios, los de los Estados Unidos adquirirían los monumentos de las grandes civilizaciones del hemisferio Occidental y las exhibirían de la misma sinecdoquica manera: una colección de partes desmembradas colocadas en complejos cóncavos, pequeñas piezas cuyo contraste con la monumentalidad de los museos en los cuales son exhibidas, expresa un engranaje básico del poder imperial. Nueva York y Washington se unirían a Londres y París en el rango tope de los museos capitales, incentivando el prestigio de los EE.UU. en el exterior y asegurando su confianza cultural en casa.

Stephens justificaba su ambición a través de un argumento poderoso: ya que las ruinas yacían sin reclamarse en una región «desolada» y escasamente poblada donde los funcionarios centroamericanos eran pocos, los monumentos no podrían ser atribuidos a ningún gobierno. Y ya que las personas del lugar no eran conocedoras de su historia, tampoco habían reclamado su posesión. Stephens creía que las ruinas «nos pertenecen a nosotros por derecho,» y «resuelvo que deben ser nuestras» (1:115-16). Stephens veía la guerra civil que en ese entonces sacudía Centroamérica como evidencia para su tesis, permitiéndole rechazar las leyes de una nación soberana al declarar que Centroamérica no poseía un gobierno viable, a la vez que simultáneamente reforzaba la dicotomía entre civilización/barbarie examinada en los capítulos previos al contrastar la grandiosidad austera de las ruinas con la anarquía y la violencia de los centroamericanos contemporáneos. La acusación de la falta de leyes en Centroamérica fue repetida insistentemente en los relatos británicos y americanos del siglo XIX. En 1850, por ejemplo, *Household Words* [*Palabras desde el Hogar*] de Dickens describió a Centroamérica como una «región de gente pequeña azotada por la pobreza, [donde] no había *ni leyes ni gobierno*»[8]. Esta postura continúa teniendo sus seguidores, y la justificación de Stephens y Catherwood por haber tomado lo que «encontraron» continúa siendo enaltecida. Lincoln S. Bates, por ejemplo, escribe que aunque el gobierno mexicano había prohibido la exportación de antigüedades, Stephens y Catherwood «con su típico empuje desafiaron la veda», y más recientemente, Larzer Ziff, en su bien recibido estudio de los cronistas de viajes americanos, apoya la declaración de Stephens: «no había un gobierno centroamericano y la población local no se interesaba en exponer las ruinas y era incapaz de preservarlas»[9]. Volveré tanto a la

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

cuestión de la legalidad así como a si los nativos estaban «desinteresados» en las ruinas, pero baste decir que los argumentos de Stephens así como su reiteración en los estudios americanos sobre crónicas de viajes, justifican la condición de desposeídos de los criollos y los indígenas por igual y trivializan las tradiciones legales que buscaban proteger la propiedad intelectual.

Actualizando a la vez que enriquecía las formulaciones de Stephens, Palmerston enfoca su discusión básicamente en el aspecto del «valor»:

> A partir del relato de Stephens parece que estas ruinas están cubiertas por árboles y otra vegetación y se les tiene poca o ninguna *estima* por parte de los nativos del país, y parece probable por lo tanto que la mayor dificultad que será encontrada para remover los ejemplares de las esculturas consistiría en proveer medios para transportarlos a cualquier lugar para embarcarlos. Usted por lo tanto debe ser cuidadoso en sus indagaciones en concordancia con esta instrucción para no conducir a las personas del país a que agreguen cualquier *valor imaginario* a cosas que ellos consideran actualmente como sin *ningún valor en absoluto*. (FO15/69, f. 53; mi énfasis)

Mientras por un lado asumía el significado de las ruinas para Gran Bretaña –un despacho más adelante se referiría al plan como «uno al que el Gobierno de su Majestad [HM] otorga gran importancia» (FO15/82, f.24)- Palmerston cuestiona sordamente la capacidad de los «nativos» de estimar su propio pasado al permitir que las ruinas fueran invadidas por la vegetación. Tanto para estos viajeros y funcionarios, las ruinas «reclamadas» por la naturaleza dejaban real o legalmente de pertenecer a cualquiera, y por lo tanto la cuestión de su posesión carecía de los complejos aspectos legales y políticos concernientes a las relaciones exteriores y derechos de propiedad y se reducía simplemente a un problema de logística, un área en la cual los británicos eran excelentes. El único valor que se les permite reconocer como calidad de estima a los nativos es el monetario, mientras que la disposición de los británicos de pasar dificultades en busca de las ruinas –sin siquiera mencionar el embarque de éstas hasta el otro lado del mundo- significaba una valoración refinada del pasado, una característica de las culturas avanzadas. Desestimar la soberanía de las naciones en cuestión podría también justificarse sobre las bases de la superioridad cultural; en 1848 Palmerston declaró que Gran Bretaña se encontraba «a la cabeza de la civilización moral, social y política. Nuestra tarea es señalar el camino y dirigir la marcha de otras naciones.»[10] Para Palmerston, la adquisición de tesoros culturales era la prerrogativa de los civilizados, un privilegio moral reflejado en cada estilo de sus escritos, con su estudiado uso de

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

la voz pasiva («las ruinas son mantenidas»); sus finas discriminaciones («poca o ninguna estima»); y los firmes pero gentiles imperativos («usted por lo tanto debe ser cuidadoso»). Aunque en 1851 las ideologías y formas literarias de este tipo de incursión arqueológica de larga distancia se habían convertido en axiomáticas en el discurso Británico de México y Centroamérica, el despacho de Palmerston las cristalizó y preservó en la política oficial.

Y aunque Palmerston estaba convencido, y antes de él también Stephens, que las personas locales eran indignas de heredar su pasado, también temía que su «estima» sobre las ruinas (y el precio por el cual las venderían) surgiría una vez que advirtieran el interés del gobierno británico, y de ahí sus llamados de atención a Chatfield de evitar cualquier mención al respecto. Este tipo de estimación lo definía en términos de «valor imaginario», una apreciación basada meramente en el conocimiento del deseo competitivo. Aún así, como lo sugiere la correspondencia de Mahon y Palmerston, las ruinas ya estaban inmersas en una dinámica competitiva. El interés británico por las ruinas, al igual que su relación más amplia con el imperio español que existió en el pasado, fue tardío; a diferencia de Inglaterra, fue España la que introdujo materiales pre-Colombinos a Europa y la que conquistó México y Centroamérica[11]. Aquí, sin embargo, el sucesor inmediato no fue España o Portugal, sino el propio hijastro colonial británico, los recién estrenados Estados Unidos, en busca de dominación cultural en su avanzada en lo que después se conocería como su dominio territorial en la región. Conspicuamente ausente de estas rivalidades imperiales, están los mismos centroamericanos, quienes, debido a que se aferran sólo a nociones simples del valor, son desplazados fuera de la estructura del deseo competitivo.

El complot para llevarse las esculturas, que se encuentran actualmente en Guatemala y Honduras, llamó la atención de las autoridades británicas desde 1841, diez años antes de la nota de Palmerston a Chatfield, hasta 1851, cuándo el plan fue finalmente abandonado. Como tal, señala un caso significativo de intervención directa del gobierno en la pesquisa de antigüedades pre-Colombinas, mostrando que las investigaciones de los anticuarios británicos en las Américas descansaban no sólo en los esfuerzos de individuos, como Elizabeth Williams ha argumentado, sino también en la vasta maquinaria administrativa del Colonial Office [Despacho Colonial], la Foreign Office [Oficina de Relaciones Exteriores] y la Royal Navy [Naval Real].[12] Este esquema, aún más, ejemplifica particularmente bien la dimensión cultural del informal imperialismo británico en Latinoamérica, la cual se consolidó como una contraparte simbólica de la extracción de los recursos (minerales, caoba y más adelante el petróleo) y el movimiento de capital

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

y mercancías a lo largo del Atlántico recalcado por los teóricos de la dependencia económica. Varios contextos fueron dando forma a este complot, particularmente la aguda, frecuentemente áspera relación entre Gran Bretaña y los Estados Unidos sobre el estratégicamente importante istmo centroamericano. A partir de la década de 1940 en adelante, la Royal Geographical Society [Real Sociedad Geográfica], respondiendo a las demandas de sus colonias en el Pacífico en relación a la extensión del alcance del servicio de correos, apoyó activamente varios esfuerzos británicos por establecer una ruta que atravesara el istmo[13]. A pesar de un acuerdo formal con los Estados Unidos para cooperar en la construcción de cualquier canal, varios de estos esfuerzos se llevaron a cabo con la intención de frustrar los planes de los EE.UU. en la región. La rivalidad entre las dos naciones se intensificó por la adquisición de Oregón por parte de los EE.UU., su triunfo en la guerra mexicana de 1846-1848, y los británicos temían que los Estados Unidos extendieran su territorio hacia el Sur de Panamá. Los americanos igualmente tenían una actitud sospechosa. Cuando Ephraim George Squier fue nombrado en un puesto diplomático en Nicaragua, Charles Eliot Norton escribió preguntando: «¿Estarás seguro en esa nación hecha por los hombres de Chatfield y Palmerston o peores que ellos, -todos ansiosos y deseosos de ensartar sus dagas en los corazones de cada americano?[14] Las tensiones competitivas se vieron exacerbadas por el descubrimiento de oro en California y la repentina petición de tránsito a través del istmo, colocando a Centroamérica «en el centro de la atención mundial.»[15] A pesar del Tratado Clayton-Bulwer de 1850, el cual prohibía a Gran Bretaña y Estados Unidos que adquirieran más territorio en Centroamérica, las tensiones llegaron a altos niveles, conduciendo en algunas ocasiones a conflictos violentos. En 1856, por ejemplo, durante un episodio bien conocido, el aventurero americano William Walker, después de autoproclamarse dictador de Nicaragua, se confrontó al asentamiento británico de Greytown a lo largo de costa misquita. Palmerston quería que la naval británica impusiera un bloqueo a Greytown, un acto que hubiese conducido a Gran Bretaña a un conflicto mayor con los Estados Unidos. Sólo la mente fría de Clarendon y el desdén de Washington hacia Walker previno el conflicto[16]. La lucha por el control de las antigüedades de Centroamérica (y por lo tanto de su pasado) se cruzó con estos estas llamaradas. El surgimiento de los Estados Unidos como un poder territorial y cultural expansionista extendió la conocida dinámica de rivalidad imperial a lo largo del Atlántico, con los recursos y antigüedades del Nuevo Mundo como recompensas deseables.

Así como la obsesión británica por las antigüedades mexicanas en la década de 1820 estaba mezclada con las formas cambiantes del museo y el

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

panorama, el deseo por poseer las ruinas centroamericanas también estaba envuelto de manera significativa en una situación compleja: el despacho, una palabra cuyas múltiples acepciones (enviar hacia fuera o al exterior; poner fin a; remover impedimentos; completar a velocidad eficiente; una carta oficial) captura tanto la noción Latourana del paquete plano así como las relaciones complejas entre la agencia y el epistolario, la escritura y la gobernación imperial. Los documentos relevantes coinciden con tres grupos amplios: despachos intercambiados entre las Secretarías Extranjeras y Coloniales y sus respectivos subordinados diplomáticos en Guatemala y Honduras Británica; correspondencia entre el Museo Británico y funcionarios gubernamentales; e incluso correspondencia entre los anteriormente mencionados funcionarios y Kart Ritter von Scherzer (1821-1903) y Moritz Wagner (1813-1887), los científicos suizo y alemán a quienes el Museo Británico eventualmente contrató para explorar las ruinas. Además de estar almacenados en lugares donde uno no esperaría encontrarlos fácilmente, muchos de estos documentos son de difícil acceso, incluso para los investigadores experimentados y persistentes[17]. Uno de mis objetivos, por lo tanto, es poner estos documentos a disposición *como* historia, y utilizarlos para contar un casi desconocido relato sobre la movilización de investigación británica sobre antigüedades en Centroamérica. Pero en vez de aproximarnos a estos documentos como lentes transparentes a través de los cuales podríamos observar una realidad histórica que podría conocerse, me gustaría tratarlos, siguiendo la línea de Dominick LaCapra, como «textos que complementan o reelaboran la 'realidad'»[18] –o, como lo argumentaré, textos cuyo rasgo predominante es su estatus de *escritos*, textos cuyo poder extraordinario y (CRIPPLING) dañadas limitaciones residen tanto en su forma como en cualquiera de sus contenidos putativos.

Redescubriendo a los mayas

A mediados de siglo el interés del Museo Británico en las ruinas de Copán, Quiriguá y Tikal formó parte de un giro más amplio en el interés de los anticuarios británicos desde los Aztecas hacia los Mayas, correspondiente por su parte a un giro de interés territorial desde México hacia Centroamérica, cuya importancia estratégica se vio impulsada a partir de la competencia entre naciones por encontrar una ruta entre los océanos Atlántico y Pacífico[19]. Aunque la presencia británica a lo largo de la costa oriental de Centroamérica data de mediados del siglo XVII, se había aclarado poco el panorama de las culturas pre-hispánicas,

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

tampoco se sabía mucho del interior de la región, la cual permanecía como *terra incognita* en los mapas y la cartografía europea[20]. Como la Royal Geographical Society [Real Sociedad Geográfica] lo expresó en 1836, existen «pocas partes del globo habitable, con las cuales nosotros aún no estamos muy familiarizados como con el interior, así como con las costas, de Centroamérica». La sociedad confió, sin embargo, en que la creación del «gran canal oceánico» transformaría a Centroamérica en una «autopista de naciones»[21].

En busca de ciudades enterradas, los viajeros arqueológicos mapearon los terrenos geográficos y demográficos de Centroamérica, completando el proyecto Humboldtiano de cartografiar las regiones interiores, así como las costas de América. Aunque los viajeros visitaron las ruinas Mayas desde fechas tan tempranas como el siglo XVI, la verdadera indagación arqueológica data de la Ilustración española; durante la década de 1780 los viajeros y anticuarios criollos exploraron y estudiaron una variedad de sitios a través del sur de México y Centroamérica[22]. Este conocimiento, del que estaban familiarizados sólo un pequeño número de funcionarios y estudiosos, fue ampliamente diseminado después de la independencia (1821), cuando varias piezas del rompecabezas arqueológico fueron ensambladas juntas. En 1822, dos años antes de la exhibición de Bullock, apareció en Londres un volumen titulado *Description of the Ruins of an Ancient City, Discovered near Palenque* [*Descripción de las Ruinas de una Antigua Ciudad, Descubierta cerca de Palenque*]. Esta fue una transacción de un informe escrito en 1787 por el Capitán Antonio del Río, hecho a petición de José Estachería, presidente de la Audiencia de Guatemala. Palenque, localizado en el sureño estado de Chiapas, estaba sobre cubierto de vegetación, pero los intrincados bajorrelieves esculpidos que decoraban sus muros exteriores se encontraban considerablemente bien preservados[23]. El trabajo de del Río tuvo una amplia difusión durante el siglo XIX; fue reseñado en Gran Bretaña y América, citado en la narrativa de viaje de Bullock y discutido por Stephens y Catherwood. En una formulación frecuentemente encontrada en el discurso británico sobre Centroamérica, el «Prefatory Address» [«Apartado del Prefacio»] adjunto a la traducción al inglés del informe argumentaba que el gobierno español encubría información sobre sus antigüedades con la esperanza de «enterrar en el total olvido cualquier circunstancia que pudiese conducir a despertar la curiosidad, o ejercitar la avaricia de naciones más científicas y emprendedoras»[24]. El informe de del Río, que iniciaba como un documento del nacionalismo Centroamericano, ahora había sido traducido al idioma familiar de la Black Legend [Leyenda Negra].

La figura destacada en 1830 fue Juan Galindo, un irlandés descendiente

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

de españoles quien más tarde se naturalizó como ciudadano de la Federación Centroamericana. Descrito como el «primer arqueólogo en el ámbito Maya», Galindo combinó una compleja carrera política como patriota centroamericano interesado en la búsqueda de antigüedades, cuyos frutos publicó en los anales de las instruidas sociedades británicas, americanas y francesas y en los periódicos populares[25]. Al igual que las elites criollas en México, Galindo encasillaba la búsqueda arqueológica dentro del nacionalismo, esperando elevar la estima de la nación en el exterior mientras ahondaba en la reverencia de la gente por su pasado. Sus actividades políticas en representación de la federación lo pusieron en contacto con el Secretario del Exterior Palmerston, quien se reunió con Galindo en 1835 y 1836 durante la última jornada diplomática en nombre de la Federación. En enero de 1836, esperando lograr una resolución favorable al conflicto limítrofe, Galindo ofreció al gobierno británico la información completa «concerniente a los exámenes y a los proyectos para abrir un canal a través del istmo americano», advirtiendo que Estados Unidos seguía adelante con sus propios planes (FO15/18, f 199). Pero las publicaciones arqueológicas de Galindo también expresan la ambivalencia de los escritos criollos y británicos sobre la cultura pre-Colombina, una mezcla de la alabanza y de denigración, de deseo y repulsión quizás intensificados por el propio hibridismo político y cultural de Galindo. Influenciado por el espíritu Británico [Britishness], pero enajenado del mismo, ante el cual como irlandés nunca podría poseer completamente ni, paradójicamente, escapar siendo un centroamericano por opción, no por nacimiento, Galindo era una figura liminal; sus escritos muestran tanto el orgullo cultural por los logros pre-Colombinos de su tierra adoptada así como el desdén ante el «indio» encontrado con frecuencia en el discurso científico europeo[26]. En un anuncio inicial publicado en la *Gaceta literaria* Galindo declara –teniendo a Robertson y De Pauw evidentemente en mente- que llegar a un acuerdo sobre las ruinas de Palenque «reivindicará a la antigua América de la acusación de barbarismo» ya que era el centro de una «nación civilizada, comercial y extendida». Aún así él también describió a los «salvajes: indios como «una tribu incivilizada y tímida» y a los indios «sometidos» como «igualmente en una baja escala de mejoría». Galindo informa que cuando se les preguntaba quién había construido las ruinas, los indígenas presentaban una alienación de su pasado no menos chocante que aquel señalado por Bullock en Teotihuacán. Allí, los indígenas habían destacado a San Francisco como el probable constructor; aquí, señalaban «al diablo»[27]. Sin embargo, como lo argumento al final de este capítulo, puede ser un error leer esa respuesta demasiado literalmente.

Buscando elevar las culturas pre-Colombinas de América Central sobre las

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

de México, Galindo argumenta que las regiones maya conformaban «la mayoría de la porción civilizada de América», un comentario que refleja tanto el gran giro del siglo XIX hacia lo Maya como el orgullo de Galindo como centroamericano[28]. Él había sido designado para examinar las ruinas de Copán por Mariano Gálvez, el jefe de estado guatemalteco[29]. Tal como él lo precisa en otras partes: «Ahora que los dirigentes de estas regiones tienen un interés directo y afectivo en la fama [de las ruinas], nos dedicamos a estudiar[las].»[30] Aún así en un artículo para la Real Sociedad Geográfica, de la cual era un corresponsal extranjero, Galindo expresa una total indiferencia por la gente local. Acerca del río de Usumacinta, el tema de su artículo, él escribió que los indígenas permanecían en una «ignorancia casi total» y sabían poco sobre el curso del río, sus ramificaciones y su posición[31]. En el ámbito privado, Galindo podría ser incluso más mordaz. En una carta inédita a Thomas Winthrop, el presidente de la Sociedad Americana de Antigüedades, él expresa haber encontrado al indígena «casi al borde de; extremo del barbarismo»; son «despreciablemente estúpidos» y no tienen «ninguna idea de quiénes fueron los arquitectos de este restos»[32].

Después de Galindo, las figuras más importantes del redescubrimiento de las ciudades Mayas durante el siglo XIX son, como ya se ha mencionado, Stephens y Catherwood, cuyas investigaciones hacia finales de la década de 1830 han sido popularmente entendidas como las que «inventaron» esa área de investigación. Esto no es sólo efectivamente incorrecto, al no tomar en cuenta el trabajo de precursores centroamericanos importantes como Del Río, Galindo y de otros citados por el mismo Stephens, sino también es un síntoma de las tendencias hagiográficas de la historia de la arqueológica, que continúan destacando las hazañas de los intrépidos aventureros victorianos que atravesaban la selva para «descubrir» y «sacar a la luz» a las ciudades enterradas y a las civilizaciones perdidas[33]. Recientemente, eruditos en estudios literarios y culturales tales como Bruce Harvey, David E. Johnson y Jennifer L. Roberts han traído una fresca perspectiva a los estudios de Stephens y Catherwood, centrándose en las implicaciones ideológicas de la etnografía del salvamento (Roberts) y en las implicaciones del imperialismo de los EE.UU. en la región (Johnson y Harvey), y en el proceso desmitificador de la teoría del «gran hombre» del trabajo arqueológico, en sí misma un producto del siglo XIX[34].

Aquello que requiere un énfasis adicional, sin embargo, es el sentido de competencia sobre los descubrimientos y las posesiones arqueológicas bajo el cual fue situado el viaje de Stephens, y que es nombrado tan claramente en los despachos de Palmerston. Quiriguá fue descrito por Stephens, por ejemplo,

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

como «no visitado, no explorado y completamente desconocido», y su interés en las ruinas es un asunto simplemente «personal» (2: 123-24) -trivialidades del recorrido arqueológico que datan desde los viajes de Bullock. Aún así estaba obligado a reconocer el contexto competitivo en el cual aconteció su deseo. Narcisso Payes, el centroamericano en cuyas tierras fueron localizadas las ruinas, rechazó obstinadamente los intentos de Stephens de separarse de los intereses del gobierno que lo había enviado. Esta fue una jugada astuta, ya que Stephens no sólo había sido enviado a Centroamérica como parte de una misión diplomática, sino también, según lo observado anteriormente, él vinculó su búsqueda de las ruinas con un plan para fundar un museo nacional en los Estados Unidos. Muy a pesar de la consternación de Stephens, Payes estaba bien informado sobre el mercado internacional de antigüedades; según Stephens, él «consultó al Cónsul General de Francia, quien estableció un exagerado valor por las ruinas, en base al gasto de varios cientos de miles de dólares realizado por el gobierno francés para el transporte de uno de los obeliscos de Luxor de Thebes a París. «Stephens, que había esperado un precio cerca de «unos pocos miles de dólares», al parecer le hizo una oferta a Payes, expresando su confianza de que para cuando sus páginas «llegasen a manos del lector, dos de los monumentos más grandes estarían en su propia ciudad [Nueva York]» (2:124). De esta forma la producción de su texto se adhiere así explícitamente a su capacidad de entregar los objetos que describió. *Incidentes* tejió en una misma tela a la nación, la narración y la apropiación[35].

La retórica de Stephens basada en un «esquema de especulación[es]» y «exagerando el valor» (2:124) deja claro cómo el mercado internacional de antigüedades daba forma a la investigación arqueológica. Y su táctica al presentarse como un simple investigador después del descubrimiento, desligado de cualquier interés nacional, recuerda los sucesivos esfuerzos británicos desde Bullock hasta Palmerston en el marco de esquemas de apropiación bajo la excusa desinteresada de la «ciencia». Stephens va un paso más lejos y atribuye tales sentimientos a los mismos ciudadanos locales. Stephens escribe que Payes creía que las ruinas «no habían sido apreciadas» en su propio país, y «deseoso contribuiría a la causa de la ciencia en el nuestro» - es decir, los Estados Unidos (2:124). En otras ocasiones Stephens se aprovechó de su misión diplomática para facilitar el desarrollo de su trabajo arqueológico. En Palenque, él nota que el «respeto por mi carácter oficial, el tenor especial de mi pasaporte, y las cartas de las autoridades mexicanas, me brindaron todo tipo de facilidad», persuadiendo a las autoridades locales a que creyeran que el gobierno de los EE.UU. le había enviado «expresamente para explorar las ruinas» (2:305), mientras que, de hecho, esto era una ficción

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

conveniente adaptada a las demandas del momento. Como él señala en el prefacio a *Incidentes*, estaba «en la libertad a viajar» solamente una vez que su misión diplomática «hubiese sido satisfecha» (1:1). Dichos giros entre las identidades «personales» y «oficiales» eran centrales en la práctica del viajero arqueológico, enmascarando los más grandes proyectos de auto-moda nacional ante los cuales prestaba servicio la investigación arqueológica.

Un episodio curioso en la búsqueda internacional de las ruinas comenzó cuando Stephens y Catherwood llegaron a Honduras Británica el 30 de Octubre de 1839 para emprender su viaje a través de Centroamérica. Tras el aterrizaje en Belice, Stephens y Catherwood discutieron sus planes con el superintendente británico, Coronel Alexander MacDonald, indicando su intención de visitar las ruinas de Palenque, pero sólo después de viajar al sur de Honduras para investigar la ciudad maya de Copán. Actuando desde su propia iniciativa en aras de preservar el prestigio científico británico y para ampliar el dominio colonial británico en Honduras Británica al dominio cultural en la vecina Centroamérica, MacDonald envió el 9 de noviembre un despacho (después del hecho) al secretario colonial Lord John Russell, informándole que había organizado una pequeña expedición para aventajar a los americanos en Palenque. Para entonces, escribió que las ruinas «conforman ahora un gran punto de interés entre los ilustrados de los Estados Unidos, y entiendo que similares sentimientos impregnan a los curiosos en Europa»; el periódico semanal de los asentamientos, *Belize Advertiser* [*Publicista de Belice*], reafirmó el propósito patriótico del viaje, observando que el «diseño de Sr. Catherwood ha despertado los celos entre nuestros habitantes»[36]. Los hombres asignados para la expedición, Patrick Walker y John Caddy, llegaron a Palenque antes que Stephens (más adelante Walker desempeñó un papel clave en el establecimiento del protectorado británico sobre la Mosquitia, discutido anteriormente [FO53/44; 28 Abr 1845]). Archivaron un informe oficial, concluido posteriormente en 1840, el cual después de algunos retrasos logró captar la atención de Russell. Pero aunque Stephens y Catherwood llegaron después a las ruinas, fueron los primeros en publicar. La edición en 1841 de *Incidentes de un viaje*, embellecida por los espléndidos dibujos de Catherwood, hizo que el informe rendido de Walker y Caddy fuese discutible y encendió la chispa competitiva por obtener los monumentos para los gobiernos extranjeros.

Mientras que *Incidentes* aparecía en Nueva York, John Baily, ingeniero británico y oficial naval asignado a Guatemala, inició un segundo intento por eliminar el inminente control de los EE.UU. sobre las ruinas. Baily promovió enérgicamente los intereses británicos en Centroamérica de formas que sugieren

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

una sinergia entre la norma formal de Gran Bretaña en Honduras Británica y su sacudimiento informal en países vecinos: él tradujo al inglés un importante trabajo sobre la historia guatemalteca; produjo varios mapas; examinó posibles rutas para el canal; escribió los artículos para la Real Sociedad Geográfica; publicó un libro en Centroamérica, que llamó la atención de la inmigración británica hacia la región, e intentó remover las ruinas mayas para trasladarlas a Londres.[37] En una carta de cuatro páginas escrita para George Ure Skinner, un comerciante escocés y recolector de orquídeas que residía en la ciudad de Guatemala, Baily describió los monumentos de Quiriguá en detalle. La carta, cuyos bosquejos incluían algunos monumentos[38], representaban las esculturas como si hubiesen sido labradas con «un grado mucho mayor de habilidad en ejecución y más íntimamente relacionado con el arte culto» que algunas antigüedades mexicanas comparables. Su retórica sobre el interés internacional fue cercanamente paralelo al de MacDonald: su publicación «estimularía una gran parte de la atención científica» en Europa (CA el 21 de mayo 184I). El mes siguiente, Baily escribió a James Bateman, el especialista en orquídeas celebrado de Knypersley Hall, Staffordshire, cuya colaboración con Skinner en la búsqueda de orquídeas centroamericanas produjo el más amplio y quizás también el más importante libro sobre flores del siglo. El tamaño gigantesco y las impresiones extraordinarias de *El Orchidaceae de México y Guatemala* (1837-43) da testimonio de esa extravagancia relacionada con los mediados de siglo, la caza de las orquídeas tropicales, que al igual que las ruinas fueron buscadas a través de Centroamérica por los entusiastas recolectores[39]. Los puntos paralelos son sugerentes. Antes de que la llegada de los buscadores de orquídeas a Guatemala era una «mina inexplorada de la historia natural», según Bateman; aunque después podían encontrarse extensas zonas del bosque que habían sido taladas en la búsqueda de especies de orquídea que crecían solamente en los ramas superiores del bosque canopy[40]. George Cruickshank, quien dibujó algunas de los viñetas del trabajo de Bareman, estableció la conexión, irónicamente representando al *Orchidaceae* siendo alzado a través de bloques y trastos, como si fuera un monumento o una pieza de gran tamaño de una ruina (cuadro 19)[41].

Baily había conocido a Stephens en Centroamérica y había advertido, usando los propios términos de Stephens, que en los Estados Unidos las ruinas ya habían ocasionado «mucha especulación» (CA el 30 Jun 1841). En 1854, Chatfield afirmó que las ruinas también habían sido buscadas por sociedades de eruditos francesas y belgas (FO15/84, f. 33). Aunque Baily se sumó a la ahora-familiar demanda de «promover el conocimiento general», su mención de la especulación vincula el valor material de las ruinas con la más amplia contienda entre Gran

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

Bretaña y el extenso territorio de los Estados Unidos, por los recursos y la influencia política en Centroamérica. De hecho, en la misma carta, Baily menciona haber visto a Stephens «en Nicaragua el año pasado, cerca del probable sitio del tan mencionado canal» – un lugar que tanto Baily como Stephens habían examinado en nombre de sus respectivos gobiernos[42]. Portátiles, raras, convenientes para la ilustración y la exhibición, las ruinas, como las orquídeas, servían como marcas simbólicas de la más amplia influencia buscada por los imperios que competían en la región, pero como productos de la cultura humana ellas también eran mucho más importantes, sugiriendo tanto la grandeza como la fragilidad del pasado antiguo, y, porque muchas de ellas estaban inscritas con figuras, las culturas de la escritura y la historia.

Esta primera correspondencia oficiosa, pasando entre una floja e informal red de oficiales navales, colectores de la orquídea, hombres de negocios y viajeros, fue traducida rápidamente a las formas y a la lengua del discurso oficial. En 1842 Skinner apeló directamente a los administradores británicos del museo para comprar las ruinas y para traerlas a Londres (CA el 12 de febrero. 1842)[43], Él observó que las ruinas se encontraban cerca del río Motagua, el cual, según las cartas de almirantes, era navegable, y que el trabajo de remover y de transportar los monumentos se podría hacer por el Caribe, que podrían enviarlos rió abajo al igual que los cortes de caoba –el cual por mucho tiempo se había consolidado como un sustento principal de la economía extractiva británica en Honduras. Skinner también observó que George Ackermann (hijo de Rudolph, el editor del la imprenta de fino arte en Londres) había sido autorizado por Narcisso Payes, quien aún poseía las tierras en las cuales se encontraba Quiriguá, para que actuara en su favor para vender la ciudad por completo[44]. Skinner creyó que entre ochocientas y novecientas libras serían suficientes para comprar el conjunto, incluyendo el derecho de excavación y el de remover cualquier cosa de valor que se encontrara. Finalmente, Skinner reveló que él había discutido ya la materia con Lord Aberdeen, una figura que caracteriza los permeables límites de las esferas anticuarias y políticas británicas. Un clasicista con cierta capacidad, Aberdeen desempeñó un papel dominante en la compra de las estatuas del Partenón para el museo británico, situación que no le hizo sufrir ningún desprecio a excepción de señor Byron, su primo. En *English Bards and Scotch Reviewer* [*Bardos ingleses y revisores escoceses*] (1809) Byron lo etiquetó (virulentamente en este contexto) «Thane es quien ha viajado, Aberdeen es ateniense», y en *Childe Harold's Pilgrimage* [*Peregrinaje de Childe Harold*] (1812) en conjunto con el mismo Elgin lo señalaron como, «el último, el peor y el más obtuso saqueador»

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

de antigüedades griegas.[45] Aberdeen había sido presidente de la Sociedad de Antigüedades y administrador Museo Británico desde 1812; a partir de 1841 hasta 1846, fue Ministro de Asuntos Exteriores, y Primer Ministro a partir de 1852 hasta 1855[46]. Los administradores del Museo Británico, convencidos de que el gobierno se negaría ante la solicitud de fondos, declinó la oferta de Skinner. A pesar de otras súplicas de Skinner a Aberdeen, el tema parecía acabar ahí; después que Aberdeen dimitiera de la presidencia de la Sociedad de Antigüedades en 1846, Lord Mahon fue su sucesor, y durante cinco años no se escucho nada más sobre las ruinas[47].

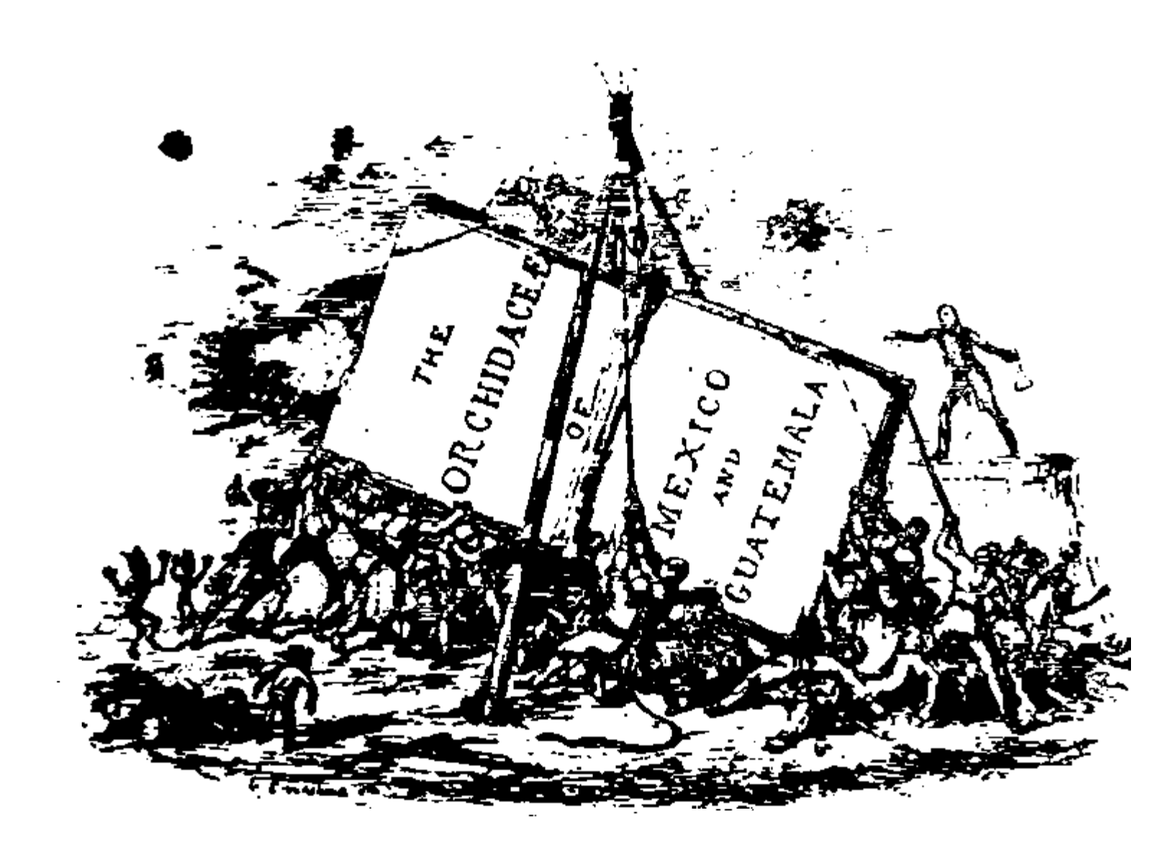

Figura 19. George Cruickshank, «Monumental Orchids» [«Orquídeas Monumentales»], de *Vignettes from Mr. Bateman's* [*Viñetas del Orchidaceae del Sr. Bateman*] en «de México y de Guatemala»] (1844). Cortesía de la colección de Harry Elkins Widener, biblioteca de Houghton de la biblioteca de la universidad de Harvard, DESBASTA 3-1.18.

Gestores de la correspondencia

En testimonio ante el Selecto Comité sobre la India de la Cámara de los Lores en 1852, John Stuart Mill solicitó una concentración absoluta en los escritos del proyecto imperial: no sólo es «el gobierno de la India por completo... que ha realizado la narración», sino que también «no existe una sola acta hecha en la India, razones por las cuales tampoco se encuentran en los archivos. «Para Mill,

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

la disciplina de los escritos y registros afirmaban «una mayor seguridad del buen gobierno presente frente a casi cualquier otro gobierno del mundo, ya que ningún otro cuenta con un sistema de archivos tan completo»[48]. Esta visión era muy frecuente. Henrio Taylor, Oficial mayor de la Oficina Colonial de mediados del siglo XIX, lo expresó de esta manera, cristalizando el análisis razonado detrás de los archivos británicos del imperio meticulosamente guardados: «Pocas preguntas son bien consideradas hasta que se les pone bien por escrito»[49]. En términos de Latour, lo descrito por Mill y Taylor no es el Estado por sí mismo sino la encarnación de él a través «de la construcción de las amplias redes a través de las cuales los numerosos expedientes fieles circulan en ambas direcciones, registros que son, alternadamente, resumidos y exhibidos para ser convincentes»[50]. El complot examinado aquí es un ejemplo excelente de esta entidad mediada por la correspondencia. Inmediatamente ejecutado y preservado por escrito, era inconcebible sin la tecnología especial de los despachos y de las burocracias (Museo Británico, la Oficina de Relaciones Exteriores y Coloniales [Foreign and Colonial Office]) que confiaban en el sistema como un medio primordial para realizar los negocios imperiales. A pesar de que la actividad del gobierno se registraba por y a través de la escritura, la demanda de Mill era con frecuencia una cuestión angustiosa. Debido a que los despachos tuvieron que ser remitidos, podían llegar retrasados, perderse, ser mal colocados o ser robados; debido a que tenían que ser interpretados, estaban sujetos a malas lecturas por voluntad o accidentalmente. Los sistemas de distribución e interpretación de los cuales dependían introdujeron el error e inhibieron sus acciones. Esta inestabilidad fundamental estuvo presente durante el período examinado aquí mientras una proliferación de despachos minaba la capacidad del imperio para gobernar desde lejos. El complot -y su tecnología cultural –sugieren así límites conceptuales de un imperio en sus ámbitos territoriales, comunicativos, un alcance imperial que contribuiría eventualmente al debilitamiento del control de Gran Bretaña sobre las naciones independientes de América Latina.

Debido a que mi interés aquí en cómo la escritura de cartas se vincula al complot, y aún más con deseos de distintas clases, quiero considerar brevemente la carta como género literario e instrumento diplomático. Los estudios de la novela epistolar subrayan correctamente el papel crucial de la correspondencia en la construcción de la subjetividad de la clase media y la negociación de la entrada de las mujeres a la cultura impresa[51]. Aún así como Amanda Gilroy y Will Verhoeven han precisado, el foco en la novela burguesa, y sus valores acompañantes de aislamiento, interioridad y domesticidad, obscurecen el «tema

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

epistolar masculino,» y junto con él los gestores de la correspondencia en la labor del imperio[52]. Aquí, puede ser útil considerar lo que Harold Love llegó a llamar las comunidades de «escribanos»: «grupos de individuos semejantes [unidos] en una comunidad, una secta o una facción política, que intercambian textos manuscritos para alimentar un sistema compartido de valores y para ennoblecer lealtades personales»[53]. Para los administradores imperiales, «los textos manuscritos» son esa forma especial de correspondencia, el despacho, quien escribe, la respuesta y el recordatorio de que no sólo llevó a cabo su trabajo principal, sino que también, como Mill declaraba, dio forma y trama al gobierno imperial. Durante el siglo XIX, el crecimiento del imperio amplió seriamente este tejido. Al igual que el archivo imperial descrito por Thomas Richards[54], la información -bajo la forma de despachos, informes, memorandos- ingresaba más rápidamente de lo que podía ser procesada; los archivos resguardados amenazaban con colapsar; los archivos se derrumbaron casi bajo su propio masivo peso. Tal como observaron los historiadores de la Oficina de Relaciones Exteriores y Coloniales [Foreign and Colonial Office] del siglo XIX, los nuevos sistemas del almacenaje, la indexación de direcciones, la organización y la recuperación tuvieron que ser instalados para manejar la sobresaturación[55]. Dado que la capacidad del imperio de actuar desde la distancia dependía del intercambio de despachos, el problema de la gestión de la información se convirtió en una preocupación central de la burocracia imperial.

Es así como los problemas de los administradores solamente magnificaban la inestabilidad de toda la comunicación epistolar. Al igual que las cartas, los despachos implicaron la ausencia física del receptor y las distancias que tuvieron que viajar crearon un retraso temporal entre la escritura y la contestación. La incertidumbre y la fragilidad del intercambio epistolar retardaron el ejercicio del gobierno imperial, empantanándolo, embotando su eficacia. Al igual que creció el imperio, así también lo hicieron los problemas -más cantidad de despachos siempre de más diversos lugares. En las lejanas periferias, los despachos podrían tomar meses en llegar desde Londres, momento en el cual las circunstancias que se habían descrito podrían haber cambiado en su conjunto. Una vez llegados, los nuevos despachos todavía tendrían que ser puestos en «acción,» lo cual significó a menudo la escritura de más cartas, dirigidas a funcionarios locales, a los encargados de negocios, a los jefes de estado y al propio superior de vuelta en Londres. Mientras tanto, los nuevos despachos con nuevas instrucciones llegaban con cada paquete del correo. La confianza del gobierno en actuar *por* los envíos impidió paradójicamente su capacidad de actuar *con* los envíos, a la vez que permitió que el «hombre sobre el terreno» actuara independientemente de sus superiores en el

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

país.

Palmerston, quien sostuvo la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] (la figura retórica burocrática es significativa) a partir de 1830 hasta 1834, a partir de 1835 hasta 1841, y otra vez a partir de 1846 hasta 1851, veía el problema con gran claridad y su respuesta capta no sólo el espíritu centralista de la escritura en la mente imperial sino más radicalmente el deseo de imponer, a través de un *control* centralizado de la escritura, un orden magnífico, un orden totalitario, un régimen de poder ejercitado a través de muchas manos que actuaban como una, y de una mano que controlaba los muchos -una imagen del ejercicio del gobierno imperial en sí mismo. Palmerston trabajó como Hércules para dominar cada esquina alejada de la política británica, que significó, por cuestiones prácticas, posar su panorámico ojo sobre cada trozo de correspondencia entrante y saliente. Su pasión por el trabajo era legendaria; Kenneth Bourne señala que «él reconoció por sí mismo haber leído la mayor parte de la correspondencia política entrante y los borradores o al menos los puntos destacados de todas las contestaciones y memorandos»[56]. A los Ministros del interior se les debía proporcionar los extractos y los boletines de la correspondencia importante (los cuales fueron copiados a mano); cuando se le preguntaba si cierto envío debía ser copiado para el ministro en París, él contestaba, «todo debe ir al señor Granville a menos que yo dé una orden especial contraria»[57]. Todo esto ocurría, por otra parte, mientras se daba un aumento sin precedentes en el volumen de despachos enviados y recibidos en la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office]; los despachos enviados por un subsecretario «aumentaron de 200 en 1829 hasta 700 para 1831 y más de 1.500 para 1832»[58]. Esta situación llevó a los dependientes y subsecretarios hasta sus límites, conduciendo a uno, al hijo más joven de Walter Scott, a quejarse con Maria Edgeworth sobre que Palmerston «le tenía aversión a todos por debajo de él -cada uno bajo una discordia insoportable que gritaban hacia fuera contra él tan ruidosamente como se atrevían y maldiciendo profundamente hacia adentro»[59]. Si todo esto ahora suena un poco perverso, encaja perfectamente con el culto del deber de una clase aristocrática convencida de su propia superioridad e influenciada por lo que ha llamado Linda Colley «un regocijado sentido por ampliar el poder británico en el mundo»[60].

El relato más revelador sobre la rabia de Palmerston por el orden proviene de uno de los últimos archivistas victorianos en la en la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office], Edward Hertslet. Hertslet observa secamente que Palmerston era «muy particular respecto a la escritura a mano»[61], y continúa proporcionando los antecedentes históricos de la obsesión desde la cual el destino

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

del imperio parecía por momentos depender del uso apropiado del punto y la coma. «Protocolo Palmerston», como lo llamaban los dependientes de la FO [Oficina de Relaciones Exteriores por sus siglas en inglés], devolvía los despachos ilegibles o pobremente escritos a cónsules en el exterior con las instrucciones para su resumen -Frederick Chatfield, el cónsul británico en Guatemala, fue uno de ésos que sufrió sus reprimendas. En varias ocasiones Palmerston «envió circulares a los ministros y a los cónsules en el extranjero, expresando su deseo de que escribieran con una caligrafía grande, redonda, legible y que utilizaran tinta negra»(77). Los despachos que él juzgaba como «copia legible» fueron dados a los dependientes para que los reescribieran en base al «estilo aprobado». En un despacho pobremente escrito él acotó: «Diga al Sr. W _ _, por 'Aparte,' que la persona que trascribe sus despachos hacia el exterior debe dar forma a sus cartas conectando los bordes inferiores con las líneas visibles en la parte superior en vez de las líneas paralelas que él pretende representar» (78). Según Hertslet, a todas las «manos» de la FO se les exigió «tomarse más molestias para elaborar sus cartas distintamente» (79), y se vieron acorralados por una pomposa dicción y por oraciones sobrecargadas. El régimen de Palmerston incluía conferencias sobre el orden apropiado de las palabras: «Las oraciones deben ser construidas para iniciar con el nominativo, para continuar con el verbo y para finalizar con el acusativo» (82). En 1851, un Palmerston enfurecido escribió:

> Escriba al Almacén de la Oficina para que envíen una provisión suficiente de detenimientos, de puntos y comas, y de comas completos; pero sobre todo de puntos y comas, para el uso de los dependientes escribanos de la Oficina; yo proveo de estas cosas desde mis propios almacenes privados, cuando tengo tiempo de revisar los despachos para la firma, pero no cuento siempre con el suficiente tiempo ocioso como para llenar esas deficiencias (81).

Ni un ápice ni una jota quedaban fuera del alcance de su aviso.

Éstos no son simplemente los desvaríos de un hombre obsesionado con el trabajo, orientado al detalle, sino una tentativa por aferrarse a algo y en última instancia un vano intento por ejercer control sobre algo que estaba en última instancia más allá de su control -los acontecimientos a distancia, que el trabajo de Palmerston como Ministro de Asuntos Exteriores le obligaban a conocer e influenciar a través del frágil instrumento de la correspondencia, la escritura y lectura de despachos enviados a través y a lo largo de una dispersa e inestable red de comunicaciones. La dificultad de estandarizar esa empresa se vio aumentada

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

por la escarpada variante de las manos humanas, las manos que compusieron y copiaron los despachos entrantes y salientes, que se deslizaron hacia la voz pasiva, y formaron cada letra en sus propias idiosincrásicas maneras. De ahí la reservada referencia de Palmerston a la tecnología de impresión, imaginándose a sí mismo como el compositor que mantiene fuentes adicionales de tipo movible en la mano con la esperanza de llevar a cabo la totalidad de la composición. El lenguaje figurado de Palmerston, por otra parte, refleja exactamente un momento en la administración imperial al momento en que la imprenta prometía una estandarización a través de sus diversas formas – los Libros Azules Parlamentarios, la correspondencia confidencial editada y elaborada para el parlamento, y *Los Documentos de Estado* de Hertslet –estaba incursionando pero aún debía suplantar la cultura irregular aunque tradicional de la caligrafía a mano que había prevalecido a lo largo de la Oficina de Relaciones Exteriores y Coloniales [Foreign and Colonial Office]. En la década de 1840 la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] estaba utilizando la impresión confidencial; y en la década de 1860 el aumento del material impreso en la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] hizo necesario realizar agendas elaboradas para no perderles el rastro; mientras en 1870 la impresión de *Los Documentos de Estado y Tratados* de Hertslet había llegado a treinta y siete y once volúmenes respectivamente. La dominación gradual de la imprenta prometió no sólo estandarizar sino también conservar los expedientes históricos. Hertslet observa que Palmerston estaba particularmente concentrado en construir un archivo en el cual los despachos «serían preservados para todos los tiempos» (77). En 1849 escribió Palmerston: «Mi opinión sobre los expedientes de la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] es que deben contener por completo todo de que lo que ocurre y los motivos y los verdaderos argumentos de los acontecimientos»[62]. Palmerston conocía de primera mano la importancia de la preservación: Hertslet informa que durante un ataque contra su política extranjera en la Cámara de los Comunes Palmerston envió al bibliotecario y a su personal a buscar toda la noche a través de 3,000 volúmenes de manuscritos ciertos precedentes (72). Casi fue como si Palmerston hubiera estudiado a su Latour, o Latour a su Palmerston: «un hombre cuyos ojos dominaban los expedientes a través de los cuales una cierta clase de conexiones se establecían con millones de otros que podrían decirse *dominados*»[63]. Esa dominación fue efectuada desde el control del despacho, el cual era instrumento y depósito de la memoria institucional, un artefacto irreemplazable en el archivo imperial.

Sin embargo, el tan fetichizado despacho también fue situado en una coyuntura crítica de intimidad, la jerarquía y el poder masculino. La Oficina

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

de Relaciones Exteriores y Coloniales [Foreign and Colonial Office], debe reiterarse, constaba solamente de *hombres* quienes escribían a otros hombres: hombres de la misma clase, educados en las mismas escuelas, muchos de las mismas pocas familias, unidos firmemente en un estrecho mundo de títulos, favoritismo, patrocinio, nepotismo, mentores y rivalidad –en resumen, un mundo de enlaces homosociales cuidadosamente cultivados. Como Bourne precisa, «más de un Rolleston, Staveley y Hammond formaron parte del F.O. del siglo XIX, y numerosos Bidwells y Hertslets»[64]. Durante la mayor parte del siglo XIX, la mayoría de los reclutas en las Oficinas en el extranjero eran los hijos más jóvenes de la aristocracia; algunos comenzaron sus carreras a los dieciséis o diecisiete, la mayoría un año o dos más adelante. Los nuevos reclutas eran infantilizados rápidamente; un cuarto especial, puesto a un lado para aliviar la servidumbre del escritorio de copiado, era conocido burlonamente como el «cuarto de niños»[65]. Los miembros de este club sólo para hombres también se especializaron, no es de sorprenderse, en la masculinización. En un relato Hertslet cuenta que una vez Palmerston tuvo la invención de solicitar contra el procedimiento de la oficina de sujetar los papeles junto con los pernos que «todos los pernos en esta oficina se coloquen inmediatamente en la zona femenina del establecimiento» (82). El lenguaje de la jerarquía, de la rivalidad, y de la intimidad homosocial era una moneda común en los centros de poder, y cumplió la importante función ideológica de reforzar el mundo de la aventura imperial como dominio masculino contra el domestico, feminizado del espacio del hogar.

Se puede dar un vistazo a qué tan incestuoso podría ser ese mundo a través de un breve examen de algunas relaciones en el enclave dominante. Mahon, según lo anteriormente precisado, fue el sucesor de Aberdeen en la presidencia de la Sociedad de Antigüedades en 1846, en la cual le habían elegido como socio en 1841. Al igual que Aberdeen, él también fue administrador del Museo Británico, y estuvo ligado así al proyecto del «depósito nacional» (FOI5/84, F. 69). En 1834 y 1835 él también sirvió al Duque de Wellington como subsecretario en la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office], en donde cruzó camino con Palmerston, quien estaba encargado como Ministro de Asuntos Exteriores. Lord John Russell era el secretario colonial en la administración de Robert Peel cuando por primera vez las ruinas llamaron la atención del gobierno en 1839, y primer ministro a partir de 1846 hasta 1852, cuando el asunto retomó otra vez importancia. Ocasionalmente, los movimientos dentro y fuera del gabinete adquirieron la elegante simetría del chiasmus: Aberdeen fue el sucesor de Palmerston como Ministro de Asuntos Exteriores, mientras que Palmerston fue el sucesor de

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

Aberdeen como primer ministro. Un pequeño grupo de individuos circulaban dentro y fuera del gabinete. El Museo Británico fue igualmente heredado; cuando Mahon escribió a Palmerston sobre la disposición de su plan para apropiarse de las ruinas, él observó que la idea había sido tramada en la conversación entre dos o tres «fraternos administradores» (FO15/75, f. 40). Las intimidades consolidadas por la sociedad de la clase dominante se extendieron, por otra parte, a la periferia colonial. Palmerston, para tomar un ejemplo, se encontraba en Harrow con Aberdeen y también Edmond Wodehouse, Parlamentario de Norfolk, y el padre de Philip Edmond Wodehouse, el superintendente de Honduras Británica desde 1851 hasta 1854. Poco después de haber llegado a su nuevo puesto, el *fils* de Wodehouse escribió a su padre solicitando que utilizara su amistad con Palmerston para impulsar la carrera de su hijo en el exterior asignándole un papel importante en el complot para la apropiación de las ruinas. Como lo señalo con mayor detalle más adelante, el favoritismo de Palmerston a su amigo colegial dio forma a los eventos de manera significativa. Otra red de afiliaciones entre la metrópoli y la colonia vinculaba a Baily, el oficial y el topógrafo naval; a Skinner el recolector de la orquídeas y hombre de negocios en Guatemala; a Bateman, el especialista en orquídeas de Staffordshire; a Ackermann su editor, y a Aberdeen, el anticuario y el político.

Como agentes secretos que estaban al acecho tras la niebla de Londres, estas figuras ensamblaron juntas en un complot, en el sentido que era una historia compleja y en el sentido sugerido por el francés *complot*, un diseño o una acción secreta, un maquinación o un encantamiento. En efecto, el hecho de que permaneciera oculto resultaba central a partir de la visita de Walker y Caddy a Palenque, aunque la correspondencia enviada por Palmerston a Chatfield no decía nada sobre el interés del gobierno británico en las ruinas[66]. Aún así, al igual que la cultura más amplia de la correspondencia diplomática bosquejada anteriormente, el complot también se debe entender de forma genérica. Primero, su estructura en el ámbito del deseo se encuentra en paralelo a la búsqueda de la narrativa masculina del siglo XIX, la cual según lo esbozado por Peter Brooks, exige tanto una altamente cargada y libidinosa búsqueda de un objeto valorado (generalmente una mujer), al igual que la resistencia o las fuerzas de la frustración que difieren, solamente si aumentan, su consumación[67]. En segundo lugar, el complot, con sus elementos secretos, exóticos y de pillaje, permitió a sus participantes actuar dentro de cierta clase de historia de aventura que tiene sus raíces profundas en el imaginario masculino, el cual, como Martin Green discute, «preparó a los hombres jóvenes de Inglaterra para salir a las colonias, a gobernar, y a sus familias

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

a regocijarse de sus destinos lejos de allí». El término de Joseph Bristow para estos actores es conveniente: «Muchachos del Imperio»[68]. Ellos escribieron las historias y las vivieron a través de la aventura imperial en el exterior. Tercero, además del ritmo masculino del despertar casi sexual, la consumación y la quietud que sigue, la conspiración también se fue formando en medio de complejas rivalidades eróticas, internas y externas, dando tanto su forma a las identidades de sus participantes como su resultado. Aquí nuevamente, la novela proporciona un modelo útil en la estructura erótica de la convención del doble-pretendiente, donde dos hombres compiten por la mano de una mujer. En tales triángulos, según René Girard, el enlace que vincula a los rivales es tan potente, quizás más incluso, que cualquier otro que les vincule con el amor por el objeto deseado. Como lo expresa Eva Sedgwick, la estructura de la «emulación e identificación» puede ser útil para «describir *cualesquier* relación de rivalidad», si «las entidades que ocupan las esquinas del cuadrilátero son héroes, heroínas, dioses, libros, o lo que sea». Siguiendo la línea de Sedgwick en relación a que el «deseo» da nombre a «una fuerza afectiva o social... aun cuando su manifestación es hostilidad u odio o algo menos emotivamente cargado, el cual da forma a una importante relación»[69]. Esta definición ampliada de la rivalidad erótica permite ver las múltiples facetas de luchas tales como la que se examina aquí, donde la búsqueda de los objetos y los territorios produjo enemistad al igual que emulación. Stephens basó sus nociones del museo nacional en una imitación del Museo Británico. El Museo Británico, por su parte, intentó frustrar a los americanos tomando las ruinas que Stephens había publicado. De nuevo, sin embargo, debemos observar que estas estructuras eróticas excluyen a los centroamericanos, quienes siguen siendo invisibles, estando fuera del lugar, aislados.

Por todo su poder constructivo dentro del sentido de competencia anglo-americano, la rivalidad homosocial también funcionó *dentro* y *entre* las instancias reclutadas para conseguir las ruinas para Gran Bretaña, reflejando internamente el erotismo de la competencia, la agresión y el deseo, que ocurrían fuera de los bordes del imperio. En respuesta a la carta inicial de Mahon, Palmerston envió las instrucciones en julio de 1851 tanto a Frederick Chatfield, su agente en Guatemala, como a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office], con la petición que las instrucciones similares se utilizasen con el superintendente en Belice (C0I23/84, f 335). Ésta fue una buena estrategia, y demuestra cómo el imperialismo informal de la clase que estamos examinando aquí engranó con y dependió ocasionalmente de forma absoluta de las directrices coloniales. El asentamiento en Belice era una posesión británica clave en Centroamérica, y dada su proximidad con las ruinas,

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

sería necesario para al éxito de cualquier plan en esa región. Sin embargo el movimiento de Palmerston estimulaba la competencia, no la cooperación. Según lo observado anteriormente, Philip Edmond Wodehouse, recién llegado a su puesto en Belice, visualizó la oportunidad de escribir privadamente a su padre con la esperanza de hacer avanzar su carrera diplomática, lo cual también significó obstruir a Chatfield, su contraparte de FO en Centroamérica (FO15/75, f. 115; 19 Sep 1851). El día después de que los pedidos llegaran de la oficina colonial, él escribió a su padre. Pero se retrasó un mes antes de aceptar como recibidas esas instrucciones del gobernador Charles E. Grey, quien era su superior inmediato colonial en la oficina en Jamaica (C0I23/83; 15 OCL 1851). Mientras tanto, pasó más de un mes antes que Chatfield tuviera la oportunidad de contestar al despacho de Palmerston –la correspondencia llegaba a la ciudad de Guatemala un mes más tarde que a Belice (FOI5/72, f. 142; 24 Oct 1851)[70]. El retraso de Wodehouse animosamente hizo uso de las incertidumbres de la correspondencia colonial, permitiendo que él elaborara su propio avance antes de contestar a sus superiores en la oficina colonial.

En otro esfuerzo por minar la autoridad de Chatfield, Wodehouse se aprovechó de las incertidumbres de la geografía centroamericana. Las instrucciones de Palmerston a Chatfield (FOI5/69, f. 53) - copiado a Wodehouse (C0I23/84, f. 335) – colocaban a las ruinas de Copán cerca del río de ese mismo nombre, al final de la Bahía de Honduras y al Sur del asentamiento británico de Belice». Esta vaga identificación dejó a la localización exacta del lugar en el aire, ya que el río de Copán atravesaba tanto Honduras como Guatemala, de forma indeterminada, detalle que Wodehouse explotó inmediatamente evocando el conflicto entre los estados y precisando que Chatfield, quien estaba ubicado en Guatemala, «está, como Lord Palmerston bien debe saberlo, siendo visto desde una perspectiva muy antipática» desde Honduras. Asimismo, Wodehouse también mencionaba que Chatfield se había visto evidentemente «lesionado» por sus primeros contactos con los gobiernos centroamericanos, ya que solicitó a Wodehouse que se comunicase «solamente a través de él». Volviendo al tema de las ruinas, Wodehouse continuó diciendo que aunque él dudaba de que Honduras emprendiera una negociación como un «asunto nacional,» sus buenas relaciones con el gobierno de Honduras facilitarían una visita a Copán en caso de que él «lo solicitara como un asunto personal», tal como lo había intentado Stephens una década atrás. Sería más probable que tal estrategia tuviese éxito ya que se realizaría fuera del «canal diplomático regular» -es decir, de Chatfield. Wodehouse concluyó solicitando que Palmerston sugiera esta línea de conducta a la Oficina

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

de Relaciones Exteriores [Foreign Office], logrado a la vez que la petición fuese iniciada por él, canalizada luego por su padre, y pasada finalmente a Palmerston. A cierto nivel, la estrategia tuvo un brillante éxito, pues Palmerston pidió que la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] designara a Wodehouse mientras que el propio despacho de Chatfield estaba cruzando el Atlántico -tres días después de que Palmerston le escribiera por primera vez. Sin embargo en última instancia Wodehouse no fue enviado a examinar las ruinas, debido a que la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] no lo dejaría desatender sus deberes para con los asentamientos británicos. El Secretario Colonial Earl Grey solicitó que enviaran a algún otro, y aún más, que la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] pagara la cuenta. Un resumen de las discusiones fue enviado al gobernador Charles E. Grey a Jamaica en diciembre de 1851, y las copias de los despachos relevantes se enviaron al mes siguiente a Mahon. Los administradores decidieron no tomar acciones adicionales hasta que la persona enviada a las ruinas desde Belice archivara su informe (F097/89, f. 4). Siete meses habían transcurrido hasta entonces desde el despacho inicial de Palmerston. No se había logrado ningún progreso significativo; el complot se había atascado; el deseo del museo se había incumplido.

Descubrimiento por poderes

El imperio medio-victoriano fue tan eficiente como torpe, capaz de mantenerse a través de extensas distancias a la vez que propenso a obsesiones miopes sobre comas y tinteros. La rivalidad interna planteó una amenaza constante para la simple coordinación entre las ramificaciones del gobierno. Los papeles, en los que Mill tenía tanta fe, se acumulaban a un ritmo aterrorizante, estorbando la capacidad del imperio para actuar a través de despachos. Así mientras que la noción de Latour de actuar desde la distancia a través del intercambio de los móviles inmutables (despachos) proporciona una rúbrica útil, pues es importante reconocer los enormes problemas creados por la abrupta acumulación del papel. Esto se ve ilustrado muy bien durante la siguiente etapa del complot maya, la cual culminó en la contratación de dos científicos extranjeros quienes coincidentemente viajaban a través de Centroamérica. Nada menos que ojos móviles, extensiones del Museo Británico en el exterior, Karl Ritter von Scherzer y Moritz Wagner actuaban como apoderados, personificando la confianza en la mediación que había sido central para el complot desde sus inicios . Aunque sus cartas a los administradores británicos del museo habían estado repletas de tonos dulces y frases íntimas del

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

discurso homosocial, realmente nunca llegaron a los administradores con quienes se correspondían. Existieron, en cierto sentido, como prueba epistolar, incluso virtual, de los temas, caracterizando el conocimiento y la apropiación a menudo limitada de Gran Bretaña sobre los territorios que intentaba controlar. Scherzer y Wagner, sin embargo, finalmente lograron la misión deseada -alcanzando una ruina y reportando sobre la misma, pero al hacerlo decretaron el fracaso del complot. Su relato sobre la dificultad y el costo de obtener las ruinas mayas, junto a su desdén por el valor artístico de las ruinas, persuadió a los administradores de desechar el plan. Pasarían décadas antes que el Museo Británico realizara el sueño de agregar ruinas mayas al depósito nacional.

En los meses inmediatamente preliminares a la contratación de Scherzer y Wagner, el complot parecía haber sufrido otro tipo de muerte, desapareciendo en medio de los archivos de la Oficina de Relaciones Exteriores y Coloniales [Foreign and Colonial Office] (la guerra en Crimea también hizo disminuir el entusiasmo). El 14 de febrero de 1854, dos años y medio después de que el complot hubiese iniciado, Henry Ellis, el bibliotecario del Museo Británico, escribió a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] para investigar si había sido recibido algún informe sobre las ruinas de Copán (FOI5/84). Wodehouse, antes superintendente en Belice, ahora estaba de vuelta en Londres aguardando su siguiente cita de ultramar (continuó desempeñando servicios en Guayana Británica, Sudáfrica y en la India). Cuando es cuestionado por la Oficina Colonial [Colonial Office] –a quienes también había llegado la solicitud de una actualización - él explicó por qué no se había archivado ningún informe, recordando a sus superiores que él no había recibido ningún fondo y que la Secretaría Colonial le había prohibido ir a él mismo (FOI5/84, F. 7). Pero esto era solamente una verdad a medias. Según lo observado anteriormente, y según lo corroborado por un dependiente extranjero de la Oficina que buscó a través de los expedientes (FO15/84, f. 5), la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] había consentido en pagar los costos de un viajero, que no se tratase de Wodehouse, ya que su presencia era necesaria en Belice. Esto, entonces, nos plantea una pregunta: ¿fue el resentimiento ante la no correspondencia de su esquema de auto avance lo que causó que Wodehouse enterrara el asunto por completo en vez de señalar que alguien más había sido asignado? ¿O fue una simple falla en la comunicación? No podemos saberlo, pero al explicar éstas ocasiones fallidas a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] del Museo Británico logró un entierro burocrático exquisito: «Su Eminencia [Clarendon] ha comprobado, en la investigación en la oficina colonial, que *las dificultades fueron interpuestas* a la misión proyectada de alguna persona

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

de Belice a Copán» (FOI5/84, f. 9; énfasis mío). Perdido en medio de los pasivos, los asuntos individuales se fueron borrando. Los complots, los cuales requieren de gestores, aún permanecían quietos. La acción perdió su nombre.

Dos meses más tarde, un Mahon exasperado escribió otra vez a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office], señalando los tres años que habían pasado desde su primera carta a Palmerston. Aunque él pudo observar el pantano en el cual su petición se había hundido, conservó un poco de esperanza aunque fue desde una malentendida fe en la correspondencia como medio para lograr que las cosas se hicieran. Habrá que notar que Chatfield ahora se encontraba de vuelta en Londres al haber finalizado su cargo en Guatemala, y pidió que la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] le solicitara elaborar un memo, para «ser incluido en el expediente en las Oficina de Relaciones Exteriores y Coloniales [Foreign and Colonial Office] (aunque la pregunta se encuentra en cierta medida suspendida entre los dos)» (FO15/84, F. 21). El complot había ido mal debido a una mezcla de ineptitud y rivalidad homosocial. La solución, como siempre, fue más correspondencia: más memorandos, cartas, e informes -toda registrada, debidamente conocida y «colocada dentro del expediente». Tan completo fue el apego a los memorandos que a nadie se le ocurría imaginar una salida de ellos, aunque el «recordatorio» fuese tanto parte del problema como la solución. El Museo Británico, no menos que la Oficina de Relaciones Exteriores y Coloniales [Foreign and Colonial Office], estaba a tono con la escritura y la preservación de las estructuras burocráticas. Después de conservar a Scherzer y Wagner, los administradores les recordaron que debían seguir una cadena de mando terminante: el museo escribiría a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office], la cual se comunicaría con el cónsul en Guatemala, Charles L. Wyke. Scherzer y Wagner, por su parte, deberían encargarse de Wyke, quién entonces informaría a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office], la cual entonces reportaría de vuelta al Museo Británico. No es de extrañarse que George Ure Skinner, el recolector de orquídeas y algunas veces anticuario, se refiriera a Bloomsbury, como el «Museo Burocrático»[72].

Con el memorando de Chatfield (FO15/84, f. 33), el complot se sacudió en su avance, volviendo a los mismos asuntos que habían preocupado a los funcionarios desde sus inicios. Quiriguá y Copán una vez más emergieron como los sitios más prometedores, aunque de nuevo, los funcionarios británicos se dieron cuenta que tendrían que lidiar con el deseo de otras naciones. En este contexto, Chatfield restableció el lenguaje figurado de Palmerston del «valor imaginario», refiriéndose a la competencia internacional como algo que no era nada más

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

que un mero «rumor» creado para aumentar el precio (F. 35). Una vez más las gentes del lugar, cuando apenas se les menciona, no aparecen como herederos o ni como dueños de su pasado, sino solamente como trabajadores silenciosos. Señalaba Chatfield que las ruinas podían ser cargadas en sus cabezas, al igual que los «carruajes, los pianos» y el resto de «mercancía abultada» (F. 36). La única cosa nueva es la mención de Tikal, una ciudad maya magnífica situada en las alejadas regiones norteñas de Guatemala, al oeste de la frontera con Honduras Británica. Debido a que Chatfield dirigía su memorando a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office], Mahon presentó a la Sociedad de Antigüedades un extracto traducido de un informe escrito sobre ese sitio en 1848 por Modesto Méndez, magistrado guatemalteco de la región de Petén, donde descansaban las ruinas de esa ciudad. Chatfield había entregado a Mahon el informe, al igual que varios dibujos, que todavía están en la biblioteca de la sociedad[73]. Méndez, notable patriota en la lucha por la independencia de España, publicó originalmente el informe en el periódico oficial *Gaceta de Guatemala,* como un testimonio de la importancia del sitio para dar forma al sentido del pasado de la nación[74]. Aunque como en el caso del informe de Del Río, discutido anteriormente, Méndez fue rápidamente obligado a servir a los intereses británicos, que lo utilizaron para identificar las ruinas que intentaban trasladar a Londres. El conocimiento local se convirtió de nuevo en conocimiento imperial.

Durante los meses próximos, el Museo Británico y la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] discutieron sobre quien debía designar a una persona para examinar las ruinas y analizaron las razones por las que nadie había sido enviado antes. El museo reafirmó su deseo de hacer que la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] eligiera a alguien; la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] pensaba que el museo debía hacerlo. Al final, Mahon intercedió otra vez, preparando el borrador de una carta para los administradores que fue enviada a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] bajo la firma de Ellis, la cual resumía los acontecimientos hasta la fecha y sugería una manera para seguir adelante (FOI5/84, F. 69; 15 Ago 1854). Después de tres infructuosos años y más de cuarenta cartas y despachos, el complot se reasumió nuevamente. El imperio una vez más se acopló para actuar; aún así, su gestión fue decretada a través de la correspondencia. El reformulado complot ahora se fijó en Copán como el mejor sitio. La firmeza de su piedra hacía más fácil extraerla, los otros sitios (Quiriguá y Tikal) al parecer estaban compuestos de «una estructura desmenuzable que los hacía poco aptos para la extracción o la preservación» (F. 69). Nuevamente, los administradores propusieron que la Oficina de Relaciones

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

Exteriores [Foreign Office] refiriese el asunto a su delegación en Guatemala, recapitulando que en fechas anteriores el superintendente en Honduras había ofrecido visitar esas mismas ruinas. Los administradores, sin embargo, con mucho tacto colocaron el asunto de la responsabilidad por un lado, atribuyendo las faltas anteriores al retiro de Lord Grey de la oficina y a «otras causas subsidiarias» (F. 70).

Pero al recomendar que la selección del apoderado quedase en manos de la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office], los administradores también reafirmaron un aspecto ideológico importante: la inferioridad de las antigüedades mesoamericanas respecto a las clásicas, lo cual significó que la persona designada no tenía la necesidad de contar con una «preparación literaria especial», mientras que para las antigüedades griegas o romanas «era indispensable un conocimiento preliminar completo y claro» (F. 70). En 1845 el acuarelista Stephanoff dio una expresión visual de gran alcance a estas ideas, demostrando la jerarquía de los estilos esculturales maya al parecer de origen primitivo frente a la superioridad artística reconocida en los mármoles del Partenón (figura 20). Cuando fue exhibida en la Antigua Sociedad de la Acuarela en 1845, la pintura fue ilustrada de la siguiente manera:

> En la base del cuadro están los ejemplares de la escultura Hindú y Javanesa, y en ambos lados se encuentran las figuras y los bajo-relieves colosales de Copán y de Palenque; sobre ellos están las de Persépolis y Babilonia, seguidos por piezas egipcias, etruscas de la temprana época Griega, superados por el pedimento de Aegina... y terminando en una porción del bajo-relieve ecuestre de la procesión Panatenaica hacia el templo de Minerva.[75]

La colocación de las esculturas de Copán y de Palenque en el fondo de esta jerarquía no significó, por supuesto, que fuesen indeseables; se les persiguió, como hemos visto, con gran energía. Significó, más bien, que el deseo por poseerlas fue expresado dentro de una exacta ideología del valor, colocada en una escala en base a estándares que aseguraban la preeminencia del europeo y de las tradiciones de clásicas. El contexto más amplio de la jerarquía cultural (dentro del cual la jerarquía estética fue una característica) sostuvo que las justificaciones habían sido invocadas para arrebatar las ruinas a sus legítimos dueños. Los estándares de la belleza clásica y europea, que el mismo Museo Británico se imaginaba representar, estaban cercanamente correlacionados con las nociones del valor cultural y por lo tanto a la lógica de la diferencia cultural que subscribía el proyecto imperial[76].

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

Finalmente, la pintura de Stephanoff, realizada en algún momento anterior a 1845, imagina prolépticamente la extracción de los objetos para ser llevados a Gran Bretaña, lo cual no se había dado a conocer entre un público europeo más amplio en 1841 y no fueron perseguidos activamente por el Museo Británico sino hasta 1851. En la pintura, el museo ya poseía otros objetos, incluyendo posiblemente el más famoso de los mármoles del Partenón, a la vez la pintura sugiere que sólo es cuestión de tiempo antes que Copán y las esculturas de Palenque formen parte de la colección.

Figura 20. James Stephanoff, *An Assemblage of Works of Art, from the Earliest Period of the Time of Phydias, a Watercolor* [*Un montaje de Obras de Arte, del Período Inicial de los Tiempos de Fidias, una Acuarela*] (1845). Copyright del Museo Británico.

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

Puesto que el objetivo en Centroamérica era «simplemente adquirir y asegurar ante posibles daños futuros algunos de los pocos registros de una raza extinta de hombres y de una esfera enteramente separada de la civilización» (FOI5/84, f 70), no se juzgaban necesarias ningunas calificaciones estéticas especiales, sólo un conocimiento del español (siempre considerado una lengua menos sofisticada), y ello sólo con el fin de realizar las negociaciones con los locales. El museo estaba dispuesto a pagar de cinco a seiscientas libras por las esculturas, pero advirtió a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] que mandara a sus gestores para actuar con «gran precaución y juicio,» a fin de contener la subida de precio una vez que se supiera que un gobierno extranjero estaba interesado en las ruinas. El museo reafirmó su misión del salvamento arqueológico: preservando y protegiendo, almacenando y guardando a salvo, haciendo que la valiosa información estuviese disponible para el estudio de otras culturas. Aún así no admitió ninguna contradicción en la recomendación, ni en la eficacia de la técnica practicada en Nineveh por Layard, quien, al descubrir que las esculturas estaban talladas solamente en un lado, encontró medios para «transportar lejos... los pedazos grandes del otro lado y reducirlas de su condición de rocas a losas (F. 71). Esta práctica de la reducción selectiva del todo a las partes, empleada ya por Stephens y Catherwood al quitar linteles de Kabah y de Uxmal, llegó a ser popular entre viajeros y arqueólogos británicos - aunque no más que la utilizada entre los saqueadores actuales, quienes acortan el trabajo a través del uso de motosierras[77]. En cada caso, la integridad del sitio cultural se destruye, escribiendo sobre sus fachadas la figura reducida a decoración, los signos a diseños.

Con la contratación de Scherzer y Wagner a finales de octubre 1854, los administradores colocaron la búsqueda de las ruinas dentro del marco de la teoría racial de mediados de siglo, un tema que exploro más detalladamente en el siguiente capítulo. Arraigada en la compilación de datos craneales y en la convicción de la superioridad cultural y racial europea, la etnología observaba a la arqueología para contar con pruebas adicionales de la jerarquía cultural, mientras que afirmaba su propio centralismo ante la nueva ciencia de la arqueología. Scherzer, quien viajó bajo patrocinio de la Academia Imperial de Ciencias en Viena, era uno de los principales etnólogos y viajeros científicos de Europa (el obituario de la Real Sociedad Geográfica se refirió destacadamente al «gran valor» que aportaron sus investigaciones en Centro América)[78]. Después de terminar su trabajo para el Museo Británico, navegó alrededor del globo como el científico principal en la expedición *Novara* (1857-59), para la cual elaboró un manual etnológico

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

influyente: *On Measurements as a Diagnostic Means far Distinguishing the Human Races* [*Sobre la Medición como un Medio Diagnóstico para Distinguir las Razas Humanas*]. El manual de Scherzer parte de un ambicioso esquema para crear un banco de datos etnológico «a una escala más grande de lo que se ha hecho siempre hasta ahora», el cual establece setenta y nueve medidas individuales por cada tema humano, como el «principal medio de comparación del Caucásico *Normal* con el Malayo, el Mongol, el Papúa, el Neozelandés, el Hindú y otros *Normales*»[79]. Entre quienes elogiaron este plan se encontraban Alexander von Humboldt y el etnólogo británico John Barnard Davis. Aún así aunque los imperativos raciales de los informes de Scherzer para el Museo Británico quedan claros, simplemente lanzan ideas sobre la raza y la cultura ya implícitas en la opinión británica sobre la gente centroamericana.

Dentro del rango de un mes a partir de su contratación Scherzer y Wagner sometieron el primero de varios informes substanciales sobre el valor y la factibilidad de remover las ruinas[80]. Copán, escribieron, fue imposible de visitar debido a una guerra entre Guatemala y Honduras. Una visita a Tikal, asimismo, tendría que ser pospuesta al año siguiente, después de la estación de lluvias. Las perspectivas fueron mejores en Quiriguá, en parte porque Wyke había asegurado el permiso oficial para excavar (FOI5/84, 29 Oct 1854). Aún así tras un extenso examen del sitio, todo lo que Scherzer y Wagner pudieron encontrar de valor fueron tres «ídolos portátiles». Para obtenerlos sin inflar el precio, Scherzer aconsejó la táctica común, recomendado a Wyke no tratar directamente con la familia de Payes, quien todavía poseía la tierra, sino contratar a una tercera persona -en efecto, otro apoderado «de quien no se sospeche que negocia para una institución extranjera real» (FOI5/82, f. 374). Empleando un popular estereotipo cultural, él también advirtió sobre la «dificultad y la gran dilatación del tiempo que la gente española requería para llegar a una decisión» (FOI5/82, f. 374), un rasgo que más adelante nombró como «manía de los Neo-españoles de la vacilación y la desconfianza» (CA el 10 Dic 1854). Es en parte debido a esto, por supuesto, y gracias a esa desconfianza que las ruinas permanecen hoy en Guatemala.

Scherzer vuelve al aspecto del sistema de valor establecido tan vívidamente por Palmerston en 1851, pero en vez de exponer la distinción entre la valoración de Gran Bretaña de las ruinas y las personas naturales, él gira alrededor de un asunto más complejo: la diferencia entre el valor estético y etnográfico. Esta diferencia, crucial de modo general, para la asociación de los museos y de la antropología durante el siglo XIX[81], es también central dentro del marco ideológico en el cual el significado de las antigüedades centroamericanas fue

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

construido y percibido. Aunque Scherzer afirmaba que mientras las esculturas en Quiriguá merecían la atención del «arqueólogo y del etnógrafo», eran mucho menos interesantes desde un «punto de vista artístico», «el gusto y la habilidad de los artistas» indicaban un «bajo desarrollo de la cultura» y un «estado bárbaro del arte»[82]. Por lo tanto una separación fundamental, ensayada infinidad de veces en museos nacionales y provinciales: la segregación de trabajos juzgados como estéticos (elevados, transcendentes, transhistóricos) de aquellas consideradas simplemente etnográficas (contingentes, primitivas, inextricablemente atadas al aspecto racial). Las colecciones pre-Colombinas del Museo Británico, para tomar un ejemplo a mano, cayeron bajo articulación del departamento de Etnografía, una división del museo que durante el siglo XIX ahuyentó en varias ocasiones a los críticos que desearon disolverla y durante el XX fue exiliada del sitio principal del museo en Bloomsbury a un edificio al otro lado de la ciudad en Piccadilly.

Con respecto al arte africano, Annie Coombes argumenta que antes que finalizara el siglo XIX se había formado un consenso ideológico alrededor de la «efectividad» de exhibiciones etnológicas en Gran Bretaña. El establecimiento del museo promovió la cultura material y su custodia «simultáneamente»: material para el estudio científico y comparativo de la cultura presumiblemente desinteresado; como «prueba» de la inferioridad racial (y por lo tanto como justificación de la intervención colonial), pero también en su capacidad como objetos de delectación exótica; placer estético y, con mayor frecuencia... espectáculo»[83]. Las nociones de esta ideología del museo ya son evidentes en la división de Bullock entre el México «antiguo» y el «moderno»; aquí Scherzer lo lleva un paso más allá correlacionando el adelanto racial y cultural. Scherzer creyó que todos los monumentos centroamericanos fueron creados por «la misma raza», y probablemente eran del «mismo período»[84]. Él argumentaba que ninguno de los monumentos «está más finamente trabajado o con mayor habilidad que los otros. Nada en estas esculturas indica un sentido de la belleza, redefinido o mejorado por [su] propia perfección o por modelos extranjeros» (CA el 18 Dic 1854, f. 27). Scherzer nos recuerda así que el deseo de poseer las ruinas mayas no era incompatible con el deseo igualmente ambicioso de colocarlas en su lugar, debajo de las culturas antiguas del viejo mundo.

¿Pero qué pasó con el complot del museo británico para extraer las ruinas de Copán, las de Quiriguá, y quizás incluso las de Tikal? Existen varias conclusiones posibles para elegir. La más directa, aunque en cierto modo la menos satisfactoria, aparece en 1855, cuando el superintendente Guillermo Stevenson, en Belice, escribe el despacho oficial sobre el asunto, informando a su supervisor inmediato,

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

el gobernador Henrio Barkly, en Jamaica, que hará todo lo posible para remitir los objetivos del museo británico (FOI5/87, F. 180). Dos años más tarde, Stevenson donó una colección de noventa objetos de Honduras Británica al Museo Británico – una importante y significativa colección, pero no la noble y «pendiente» que Mahon y los administradores habían deseado. Los grandes monumentos de Copán, de Quiriguá, y de Tikal permanecieron en su lugar[85]. Una segunda conclusión posible aparece en 1875, cuando el viajero británico John Boddam-Whetham, mientras viajaba por la región de Petén, compró dos linteles de madera tomados de Tikal; éstos fueron primero al Museo del Sur de Kensington y posteriormente al de Bloomsbury[86]. La tercera, y la más importante, se refiere a un grupo de artefactos mayas que llegaron al Museo Británico a través de Alfred P. Maudslay, cuyo trabajó en la región maya durante la década de 1880 se reconoce por haber traído rigor científico moderno a la disciplina. Introducido a Centroamérica por el naturalista Osbert Salvin, cuyas fotos estereográficas de Copán fueron publicadas en 1863[87], Maudslay amontonó una extraordinaria colección durante el trabajo de varios años en la región maya, incluyendo un impresionante busto tallado de Copán que el modernista crítico de arte Roger Fry comparó con la «escultura más importante de Europa»[88]. Los linteles de los bajo-relieves de Yaxchilán, y más de 400 moldes del yeso de otros objetos. Todo eso está ahora en Bloomsbury; los linteles de Yaxchilán, ya que caen dentro de la actual frontera de México, se exhiben en la galería mexicana del museo. El trabajo arqueológico de Maudslay no fue financiado por el gobierno británico, ni hay ninguna evidencia de que haya sido inspirada o influenciada por el complot examinado en este ensayo. Aún así las ideologías del valor que he seguido aquí reverberan a través de su trabajo. En su narrativa popular del recorrido, *A Glimpse at Guatemala* [*Una Mirada por Guatemala*], leímos lo siguiente:

> Las ordenanzas publicadas de vez en cuando por el gobierno [de Guatemala] prohibiendo las excavaciones y el retiro de esculturas y de la cerámica han sido confirmadas por los indios y ladinos bajo la creencia de que los montículos contienen tesoros ocultos, y el resultado puede fácilmente ser desastroso, porque es probable como que los indios mismos lleguen a excavar entre las ruinas en busca del tesoro que no existe, y en ese proceso destruirán muchas cosas que, aunque no tengan ningún valor para ellos, tienen la más alta importancia para los arqueólogos[89].

Para Maudslay, al igual que para Stephens y Palmerston y para el establecimiento de los museos durante el siglo XIX, ni los indígenas ni los ladinos

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

eran capaces de valorar correctamente las ruinas. Este es un privilegio reservado a los arqueólogos y a los encargados extranjeros del museo[90].

Reverencia y reticencia

¿Pero qué hay de las elites criollas y aún más las indígenas, juzgadas por Scherzer, en una carta a los administradores, de ser una «clase de gente perezosa» a quienes les interesaba más el «tono de la Marimba, su instrumento favorito» que el «sonido del martillo o del destral» (CA 10 Diciembre. 1854)? Mientras que la teoría postcolonial ha discutido apropiadamente que es imposible hablar para el Otro, el énfasis británico por la correspondencia y los registros nos exige la pregunta sobre la conexión entre los monumentos y la gente local, quienes son constantemente representados sin ley alguna y desprovistos de la escritura y del sentido histórico. Para que pueda observarse la completa complejidad del encuentro imperial, necesitamos completar lo mejor posible los vacíos y los silencios en los expedientes del archivo, recordando que el archivo en sí mismo es una construcción, formada tanto por lo que excluye como lo que preserva. Primero las elites criollas: a pesar que los viajeros y oficiales del gobierno británicos afirmaban que Centroamérica no contaba con un sistema de leyes y se encontraba en estado ingobernable, las elites guatemaltecas y hondureñas utilizaron las leyes como medios primarios para proteger el patrimonio cultural de sus naciones. Tales leyes tenían raíces en la jurisprudencia española, la cual provenía del siglo XVI, a partir del asentamiento colonial y que fueron continuamente actualizadas a lo largo del período de la post independencia. Ellas derivaban del principio de que el poder legal de un estado se basa en su autoridad sobre su gente y su territorio, una autoridad que internamente es autenticada y por lo tanto no está sujeta a la validación de otros estados, aunque para el momento en que los Británicos estaban interesados en los monumentos habían reconocido formalmente la soberanía de Guatemala y Honduras y por lo tanto sus leyes internas. El 4 de octubre de 1831 Mariano Gálvez, el jefe de estado guatemalteco, anunció la formación de un museo «que podía ser el almacén de las curiosidades, las cuales abundan en el suelo guatemalteco, y que conformarlo es de gran interés y muy apropiado para un país civilizado»; durante los años siguientes Gálvez también envió expediciones para recolectar información sobre los sitios arqueológicos de Guatemala[91]. Galindo, como hemos visto, también estuvo activo a lo largo de la década de 1830. Honduras aprobó la legislación que protegía los monumentos explícitamente situados en el valle de Copán en 1845,

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

muy probablemente como resultado del intento de Stephens de llevarse las ruinas y el miedo de que otros gobiernos pudieran seguir el juego. Según la legislación 1874 que amplió la ley anterior, «esos monumentos se declaran propiedad de la Nación»[92]. Este es un ejemplo maravilloso de la fuerza de palabras, la ley declara los monumentos encontrados en Honduras como propiedad de la nación, decretando lo que proclama. Cuando la legislación fue ampliada más adelante ese mismo siglo para establecer un museo nacional, se discutió directamente sobre el problema de que los monumentos preciosos salieran del país «para enriquecer museos extranjeros» -una referencia inequívoca a las décadas del depredación extranjera en nombre del «trabajo de rescate»[93] arqueológico y museológico de Europa y de los EE.UU. Aunque las elites criollas que abarcaban círculos oficiales centroamericanos contaban con ideas contradictorias sobre el pasado indígena, claramente intentaron protegerlas, especialmente contra los viajeros extranjeros y los agentes consulares que les asistían. El hecho de que en muchos casos no lograran hacerlo, algunas veces incluso a través de la venta de su propio patrimonio cultural, se debe más a las asimetrías económicas y políticas persistentes que a cualquier indiferencia para con el pasado.

La respuesta indígena al pillaje imperial es más difícil de comprobar, dado que el archivo tal como lo tenemos, y no es de asombrarse, está sesgado para acentuar su pasividad y silencio –eso cuando siquiera se les hace notar. El «indio» inescrutable (la nomenclatura en sí misma esta malinterpretada) es una característica constitutiva del discurso europeo en las Américas, debemos tener cuidado, como advierte Sara Suleri, eso de que al centrarse en la idea de la «intransigencia» simplemente «no repliquemos lo que en el contexto del discurso imperialista era la familiar categoría de lo exótico»[94]. Aún así para entender el potencial y las limitaciones de ese discurso debemos examinar esos momentos dentro del mismo, donde la voz del indígena, por muy silenciada y ventrílocuada, podía ser oída. Incluso dentro de la maquinaria imperial de la correspondencia y de los despachos que intentaron robar al indígena de su historia, aún se preservan rastros de reverencia hacia su pasado. Hay dos momentos que destacan, uno al principio del complot, otro cerca de su final. En la primera respuesta de Chatfield al directorio de Palmerston (FOI5/72, f 142), obedientemente divulga los pasos que ha tomado para asegurar las ruinas para el Museo Británico, a la vez que observa, tal como he enfatizado a lo largo de este recuento, que a las ruinas «los nativos del país le tienen poca o ninguna estima». Esto se repite casi en la mayoría del arrebolado lenguaje de Palmerston, en parte derivado de la primera carta de Mahon y más allá de la crónica de viaje de Stephens. Ésta, en otras palabras, es la

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

línea oficial, una formulación sucinta de manera que el discurso europeo incluye al Otro indígena. Pero algunos párrafos más adelante, dentro de los márgenes del texto de Chatfield, surge una noción compensatoria, un reconocimiento del afecto indígena que ni siquiera su obediencia escrupulosa a las ideologías culturales británicas puede reprimir completamente: «Puede no ser sin interés el mencionar, que en Nicaragua la gente local hace generalmente una reverencia profunda al pasar frente a cualquiera de estas esculturas, y están muy renuentes a permitir su extracción; sin duda tienen alguna profunda tradición que les hace respetarlas, pero es difícil lograr que hablen sobre el tema». En cierto nivel ésta es una clásica ilustración de las diferenciadas relaciones de poder en el contexto imperial, poniendo en contraste al funcionario que escribe ante los subalternos que siguen siendo silenciosos. Pero la negación de la gente local a hablar o asistir también sugiere su respeto por la historia como algo vivo y vigente, su oposición al complot imperialista que extraería los remanentes de su patrimonio cultural, y su negación de abrirse ante sus amos imperiales. Tienen dentro de sí como lo demuestran estos pasajes, aquello que no se puede apropiar, quitar, o exhibir en un museo extranjero. La reluctancia y el silencio se pueden leer como técnicas de la resistencia, armas del oprimido.

La observación de Chatfield recuerda los comentarios de Bullock en su narrativa del recorrido sobre el efecto de desenterrar la estatua del *Coatlicue*, la manera en que le otorga un raro sentimiento a la voz indígena, puede darle un brillo especial al recuento de Chatfield sobre la reverencia y reticencia de los indígenas. Bullock cuenta que durante el tiempo que *Coatlicue* fue expuesto él prestó especial atención a la conducta de los «indios»:

> Presté mucha atención a los gestos de sus caras; ni una sonrisa se les escapó, o incluso alguna palabra -todo era silencio y atención. En respuesta a una broma de uno de los estudiantes, un viejo indio comentó, «¡es cierto que tenemos tres muy buenos dioses españoles, pero aún así se nos podría haber permitido guardar algunos pocos de los de nuestros antepasados!» y fui informado que los nativos habían colocado ramos de flores en la figura, los cuales por la tarde habían robado de un poco más lejos, sin ser vistos, para ese propósito[95].

Bullock continúa su lectura algo convencional sobre lo que había informado, argumentando que eso demostraba que a pesar de 300 años de Catolicismo español «allí aún permanece una cierta corrupción de la superstición pagana entre los descendientes de los habitantes originarios»[96]. Pero viniendo

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

después de esta vigorosa descripción, esta explicación suena hueca. Ciertamente lo que llama la atención de Bullock no es el espectáculo de la creencia pagana sino el poder de un objeto en reanimar la conexión entre los indígenas mexicanos contemporáneos y los «habitantes originarios», una conexión que ni la peor crueldad del colonialismo español pudo suprimir completamente. La resistencia a la opresión colonial, como *Coatlicue* en sí mismo, se encuentra apenas debajo de la superficie, esperando para entrar en erupción.

La ambivalencia indígena hacia el interés de los extranjeros en los monumentos -qué he llamado en capítulos anteriores el inconsciente colonial- aparece con frecuencia en el discurso británico sobre Centroamérica, compitiendo en contra de la opinión normativa que la gente local es incapaz de valorar o de entender el pasado y su encarnación en artefactos. Al final de su culminante informe sobre Quiriguá (CA el 18 Nov 1854), Scherzer también observa la resistencia indígena a los diseños extranjeros en sus ruinas (estos pasajes están entre ésos omitidos dentro de la versión publicada en 1936):

> Es con vacilación que los indios han asistido como guías a través de los bosques, en donde existen tales restos, los cuales prefieren mucho más ocultar que mostrar. Su mirada llega a ser de lamento siempre que ven a un *blanco* copiando los trazos de las misteriosas rocas. (F. 41; énfasis en original)

No sólo le causó aversión a la gente local el interés en las ruinas despertado por estos viajeros, sino también sus intentos de copiar los trazos ellos mismos. Como lo comenta Bustamante sobre el copiado de las vistas discutido en el capítulo 2, el malestar indígena en relación al copiado puede sugerir que se dieron cuenta que cuando los europeos llegaban con papel y lápiz, los cajones del embalaje no estaban muy lejos, los cajones que cargarían las piedras talladas, la historia registrada de los antepasados, para ser exhibidas a otra parte. Podían también haber temido la desfiguración de los trazos en los monumentos mismos. Boddam-Whetham divulga eso cuando visitó Copán en la década de 1870, donde encontró las palabras «J. Higgins» talladas en los monumentos en «caracteres en negrilla»[97]; abundan relatos similares de desfiguración en las crónicas de viajes del siglo XIX. En dichos contextos, la escritura y el mirar son con frecuencia inseparables del deseo, del despojo y de la apropiación. Que la yuxtaposición del silencio indígena y de la escritura occidental por sí misma haya sido registrada en una inscripción puede ser entendida como una estrategia de contención, pero también como muestra de la manera en la cual la escritura oficial emplea sus mejores

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

esfuerzos por tachar a la gente local como incapaz de expresar su valoración de las ruinas aparte de un mero precio de contado, o del «valor imaginario.» Apareciendo como contrapartes de estos «trazos misteriosos» de las alternativamente esculturas inmóviles, los silencios ilegibles del indígena -irreducible, obstinado y resistente a la apropiación- exigen una calidad de reverencia que el despacho no puede contener.

Notas

A pesar de que pocos historiadores se han referido al complot, nadie, según mi conocimiento, lo ha discutido en detalle, ni examinado la gran masa de evidencia documentaria en los archivos del Gobierno británico. Para noticias breves, ver John Eric Sidney Thompson, «A Note on Scherzer´s Visit to Quiriguá,» Maya Research 3, no. 3 (1936): 330-31; Frans Bloom, «Explanation,» *Maya Research* 3, no. 1 (1936): 92-93, describiendo el complot como «incidente más encantador y divertido»; Adrian Recinos, «Evocación del viaje de Scherzer y Wagner a Centroamérica, 1853-5,» *Anales de la sociedad de geografía e historia de Guatemala* 27 (1953-54): 137-41; Victor Von Hagen, *Search for the Maya: The Story of Stephens and Catherwood* (Farnborough: Saxon House, 1973), 173; Edward Miller, *That Noble Cabinet: A History of the British Museum* (Londres: Andre Deutsch, 1973), 221-22; y Mario Rodríguez, *A Palmerstonian Diplomat in Central America: Frederick Chatfield, Esq.* (Tucson: University of Arizona Press, 1964), 361. Más reciente, Ian Jenkins caracterizó el complot como «nunca más que solamente de medio corazón,» y Ian Graham como simplemente una «insignificancia reprensible» (Jenkins, *Archaeologists and Aesthetes in the Sculpture Galleries of the British Museum, 1800-1939* [Londres: British Museum Press, 1992], 211; Graham, *Alfred Maudslay and the Maya: A Biography* [Norman: University of Oklahoma Press, 2002], 79).

Bruno Latour, «Drawing Things Together,» en *Representation in Scientific Practice*, ed. Michael Lynch y Steve Woolgar (Cambridge: MIT Press, 1990), 54.

Palmerston a Chatfield, FO15/69, f. 53. Como en el ejemplo anterior, material de los archivos de Foreign Office (FO) y Colonial Office (CO), guardados en

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

Public Record Office en Kew, se citarán en el próximo texto según sigue: (clase, volumen, pieza, y, donde está disponible, folio). Si no aparece el folio, el data se dará. Correspondencia de entrada y salida de los archivos centrales del Museo Británico en Bloomsbury también será citada incidentalmente, abreviado como CA y seguido por la fecha.

[4] El Museo Británico primero adquirió artefactos de Nineveh en 1847; durante los próximos años la colección creció constantemente, culminando con el establecimiento de una habitación especialmente diseñada para su exposición en 1853. Con respecto a estas colecciones y el papel de Austen Henry Layard, quien laboró como sub-secretario del Foreign Office en 1852, ver Shawn Malley, «Austen Henry Layard and the Periodical Press: Middle Eastern Archaeology and the Excavation of Cultural Identity in Mid-Nineteenth Century Britain,» *Victorian Review* 22, no. 2 (1996): 152-70; y Fredrick N. Boehrer, «The Times and Spaces of History: Representation, Assyria, and the British Museum,» en *Museum Culture: Histories, Discourses, Spectacles*, ed. Daniel J. Sherman y Irit Rogoff (Minneapolis: University of Minnesota, 1994), 197-222.

[5] Palmerston, no obstante, además de su interés activo en la minería de Centroamérica, ya se había familiarizado con las ruinas precolumbinas en su segundo período como secretario exterior (1835-41), cuando se encontró varias veces con el patriota y aficionado anticuario centroamericano Juan Galindo, quien, como discuto después en este capítulo, en ese entonces estaba realizando investigaciones arqueológicas serias. En 1838 también intercambió cartas con Jean-Frédéric Waldeck, quien estaba efectuando investigaciones arqueológicas en México. La librería Newberry en Chicago contiene una carta de 1839 del sub-secretario de Palmerston, William Fox-Strangways, para Waldeck, informándole a él que «la caja de dibujos y papeles de tu pertenencia han llegado de México y ahora están depositados cuidadosamente en esta oficina» (W. Fox-Strangways para Jean-Frédéric Waldeck, 18 de julio de 1838, Ayer Ms. 1238, Colección de Edward E. Ayer, Librería Newberry, Chicago). Como explica Robert Brunhouse, habían copias de dibujos arqueológicos originales, luego confiscados por oficiales mexicanos, quienes temaban que Waldeck estaba planeando contravenir la ley contra la exportación de antigüedades enviando artefactos hacia el extranjero (*In Search of the Maya: The First Archaeologists* [Albuquerque: University of New Mexico Press, 1973], 76). Waldeck mandó los dibujos a Londres con la ayuda de Charles Ashburnham, un oficial consular británico en México quien acumuló una colección grande de antigüedades mexicanos que luego se donaron al Museo Británico en 1856. Para más información sobre Waldeck ver Claude F. Baudez,

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

Jean-Frédéric Waldeck, Peintre: *Le premier explorateur des ruines Mayas* (París: Hazan, 1993).

[6] Edgar Allan Poe, «Review of New Books,» Graham's Magazine, agosto de 1841, 91; William Hickling Prescott, *The Correspondence of William Hickling Prescott*, ed. Roger Wolcott (Boston: Houghton Mifflin Company, 1925), 240. Para Dickens, Centroamérica había estado en su mente por un tiempo. En 1851 Henry Morley, trabajando desde Stephens and Catherwood, describió las ruinas de Copán para *Dicken's Household Words*. «¿Qué muro de Titanic es este cuya imagen está reflejada en el río?...la mirada fija de una cabeza esculpida enorme nos encuentra ... una estatua de doce pies de altura, cargada de ornamentos jeriglíficos y grotescos. ... Estas son las ruinas de Copán» («Our Phantom Ship, Central America,» Household Words, 22 de febrero de 1851, 518). Para los préstamos de *The Woman in White* de Stephens, ver Richard Collins, «The Ruins of Copán en *The Woman in White: Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatán,*» Wilkie Collins Society Journal ns 2 (1999): 5-17 de Wilkie Collins y John Stephen.

[7] John Lloyd Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatán*, 2 vol. (Nueva York, 1841), 2:115. Informaciones más detalladas acerca de este trabajo se encuentran en el texto.

[8] [William Weir y W.H.Wills], «Short Cuts across the Globe,» *Household Words* I (1850): 66; mi énfasis.

[9] Lincoln S. Bates, «Pioneering Adventures,» *Americas* 38 (1986): 37; y Larzer Ziff, Return Passages: *Great American Travel Writing, 1780-1910* (New Haven: Yale University Press, 2000), 91.

[10] Citado en W. Baring Pemberton, *Lord Palmerston* (Londres: Batchworth Press, 1954), 141.

[11] Con respecto a la pregunta de viajar en relación a retraso, ver Ali Behdad, Belated Travelers: *Orientalism in the Age of Colonial Dissolution* (Durham: Duke University Press, 1994).

[12] Elizabeth Williams, «Collecting and Exhibiting Pre-Columbiana in France and England, 1870-1930,» en *Collecting the Pre-Columbian Past*, ed. Elizabeth Hill Boone (Washington: Dumbarton Oaks, 1993), 123-40.

[13] Robert A. Stafford, *Scientist of Empire: Scientific Exploration and Victorian Imperialism* (Cambridge: Cambridge University Press, 1989), 85-87

[14] Charles Elliot Norton a Ephraim G. Squier, 2 de noviembre de 1851, Ephraim George Squier Papers, Library of Congress.

[15] Ralph Lee Woodward, Jr., *Rafael Carrera and the Emergence of the Republic of*

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

Guatemala (Athens: University of Georgia Press, 1993), 231

[16] Para la historia diplomática relevante, ver Richard W. Van Alstyne, «British Diplomacy and the Clayton-Bulwer Treaty, 1850-60,» *The Journal of Modern History* II, no. 2 (1939): 149-83; ídem, «The Central American Policy of Lord Palmerston, 1846-48,» *Hispanic American Historical Review* 16, no. 3 (1936): 339-59; y Robert A. Naylor, «The British Role in Central America Prior to the Clayton-Bulwer Treaty of 1850,» *Hispanic American Historical Review* 40, no. 3 (1960): 361-82.

[17] El archivo central del Museo Británico es un caso pertinente. Durante el periodo que yo lo estaba usando (1997-2000) el archivo sólo estaba abierto dos días la semana de 10 a.m. a 4 p.m., disponiendo de asientos solamente para dos lectores. La oficina del Archivo Nacional, al contrario, que tiene otros archivos del Gobierno, gobernados por el Decreto del Archivo Nacional, está abierta para investigación seis días la semana. A pesar de que el museo podría aumentar el acceso a sus archivos por transfiriendo su archivo a la oficina del Archivo Nacional, donde correctamente pertenece según la Ley Británica, no lo ha hecho.

[18] Dominick LaCapra, *History and Criticism* (Ithaca: Cornell University Press, 1985), 11.

[19] Para la competición más amplia entre los Estados Unidos y Gran Bretaña ver J. Fred Rippy, *Rivalry of the United States and Great Britain over Latin America*, 1808-1830 (Londres: Milford, 1929).

[20] Para una bibliografía detallada de trabajos sobre Centroamérica del siglo diecinueve ver Ralph Lee Woodward, Jr., *Central America, a Nation Divided* (Oxford: Oxford University Press, 1998); para las mapas ver Kit S. Kapp, *The Printed Maps of Central America up to 1860*, 2 vols. (Londres: Map Collector´s Circle, 1974-75).

[21] Juan Galindo, «On Central America,» *Journal of the Royal Geographical Society* 6 (1836): 119.

[22] Para la historia de la arqueología maya ver Robert L. Brunhouse, *Search*; ídem, *Pursuit of the Ancient Maya: Some Arquaeologists of Yesterday* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1975); Ignacio Bernal, «Maya Antiquaries,» en *Social Process in Maya Prehistory: Studies in Honour of Sir Eric Thompson*, ed. Norman Hammond (Londres: Academic Press, 1977); ídem, *A History of Mexican Archaeology: The Vanished Civilizations of Middle America*, traducido por Ruth Malet (Londres: Thames and Hudson, 1980); Gordon R. Willey y Jeremy A. Sabloff, *A History of Americann Archaeology*, 3ra. Ed. (Nueva York: Freeman, 1993); y Jorge Cañizares-Esguerra, *How to Write the History of the New World*:

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth Century Atlantic World (Stanford: Stanford University Press, 2001).

[23] El reporte de Del Río fue traducido al inglés gracias a los esfuerzos unidos de un Dr. McQuy, quien lo trajo a Londres, y el vendedor de libros Henry Berthoud, quien lo estableció con diecisiete grabados hechos por Waldeck (Brunhouse, Search, 14).

[24] Antonio del Río, *Description of the Ruins of an Ancient City, Discovered near Palenque*... (Londres, 1822), viii.

[25] Ian Graham, «Juan Galindo, Enthusiast,» *Estudios de cultura Maya* 3 (1963): 12. Ver también William Joyce Griffith, «Juan Galindo, Central American Chauvinist,» *Hispanic American Historical Review* 40, no. 1 (1960): 25-52. Galindo también quitó monumentos de sitios mayas y los trasladó a Gran Bretaña. Un catálogo de antigüedades del año 1847 en la Sociedad de Antigüedades de Londres enumera el regalo de Galindo de cuatro lápidas de ornamentos tomadas de Palenque, las cuales presentó el 7 de junio de 1832 (Albert Way, Catalogue of Antiquities, Coins, Pictures, and Miscellaneous Curiosities in the Posession of the Society of Antiquaries of London, 1847 [Londres, 1847], 55). Para una descripción más detallada de esos artefactos, ver Juan Galindo, «A Short Account of Some Antiquities Discovered in the District of Petén, in Central America,» *Archaeologia* 35 (1834): 570-71.

[26] El estatus de Galindo como ciudadano británico eventualmente destrozó su intento de ayudar a la Federación Centroamericana. En un momento crucial durante sus negociaciones con Palmerston, fue apartado del Ministerio de las relaciones exteriores de Gran Bretaña ya que ningún ciudadano británico pudo representar otro país.

[27] Juan Galindo, «Ruins of Palenque,» *Literary Gazette*, 15 de octubre de 1831, 665-66.

[28] Juan Galindo, «Description of the River Usumacinta, in Guatemala,» *Journal of the Royal Geographical Society* 3 (1833): 62. Sin embargo, como expresa Ignacio Bernal: «No era necesario reivindicar la cultura anciana [de los mayas] ya que esta cultura no había sido atacada [como habían sido los aztecas], pero admirad desde el principio, al menos considerando su arte» (Maya,» 26).

[29] Para el fundamento político de expediciones de ese tipo y una discusión de Miguel Rivera Maestre, un científico, ingeniero y geógrafo guatemalteco, quien tenía una papel clave en esas, ver Robert H. Claxton, «Miguel Rivera Maestre: Guatemalan Scientist-Engineer,» *Technology and Culture* 14, no. 3 (1973): 384-403. Para las políticas liberales de Gálvez, ver Miriam Williford, «Las luces y la

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

civilización: The Social Reforms of Mariano Gálvez,» en *Applied Enlightenment: 19th Century Liberalism*, ed Margaret A.L. Harrison y Robert Wauchope, Middle American Research Institute Publications, no. 23 (new Orleans: Tulane University, 1972), 33-41.

[30] Juan Galindo, «Central America,» *Literary Gazette*, 18 de julio de 1835, 456. En una versión de este artículo publicada por la Sociedad de Antigüedades Americanas, el patriotism del autor fue incluso más obvio. Agregó que «el gobierno de Centroamérica pensaba publicar en castellano un reporte largo que yo redacté con relación a las ruinas y la historia de ese lugar con varios planos, vistas y copias de figuras e inscripciones» («Carta del coronel Galindo al hondureño Thomas L. Winthrop, Presidente de la Sociedad de Antigüedades Americanas, Boston, Massachusetts,» *Archaeologia Americana*. Transactions and Collections 2 [1836]:545). Sylvanus G. Morley discuta el destino de este reporte y lo imprime con notas explicativas, en *The Inscriptions at Copán* (Washington: Carnegie Institution, 1920), 593-604.

[31] Galindo, «Description,» 59. Este artículo dispone de la primera descripción publicada de las ruinas de Yaxchilán, en la orilla de Usumacinta, justamente al otro lado del río del actual Guatemala. Más tarde en el siglo, como discuto abajo, Alfred P. Maudslay quitó derrumbes de piedras grabadas de Yaxchilán y los envió a Londres, donde hoy día están expuestos en el Museo Británico.

[32] Juan Galindo a Thomas L. Winthrop, 25 de abril de 1831, Galindo MSS, Sociedad de Antigüedades Americanas.

[33] Es típico lo siguiente: Stephens y Catherwood «dieron luz a la ciencia de arqueología americana ... levant[ando] la cortina de la jungla que había ocultado por siglos la civilización anciana de los maya» (Richard O'Mara, «The American Traveller,» *Virginia Quarterly Review* 74, no. 2 [1998]: 221).

[34] Bruce A. Harvey, *American Geographics: U.S. National Narratives and the Representation of the Non-European World, 1830-1865* (Stanford: Stanford University Press, 2001); David E. Johnson, «'Writing in the Dark': The Political Fictions of American Travel Writing,» *American Literary History* 7, no. 1 (1995): 1-27; Jennifer L. Roberts, «Landscapes of Indifference: Robert Smithson and John Lloyd Stephens in Yucatán,» *Art Bulletin* 82, no. 3 (2000): 544-67.

[35] Entre los objetos que enviaron de vuelta Stephens y Catherwood se encontraron derrumbre de madera grabada de los sitios de Kabah y Uxmal; fueron destruidos en el fuego que consumió el panorama de Catherwood en Nueva York (Bernal, «Maya,» 34; Carl C. Dauterman, «The Strange Story of the Stephens Stones,» *Natural History*, diciembre de 1939, 288-96).

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

[36] Citado en David M. Pendergrast, *Palenque: The Walker-Caddy Expedition to the Ancient Maya City, 1839-1840* (Norman: University of Oklahoma Press, 1967), 31, 33.

[37] J. Baily, «On the Isthmus between the Lake of Granada and the Pacific; Being an Extract from a 'Memoir on the Lake of Granda, the River San Juan, and the Isthmus between the Lake and the Pacific Ocean, in the State of Nicaragua, Central America',» *Journal of the Royal Geographical Society* 14 (1844): 127-29; ídem, *Central America; Describing Each of the States ... Their Natural Features, Products, Population, and Remarkable Capacity for Colonization* ... (Londres, 1850); ídem, *Map of Central America ... Shewing the Routes between the Atlantic and Pacific Oceans ... with Additions from the Latest Surveys of the Admiralty* (Londres, 1853); y Domingo Juarros, *A Statistical and Commercial History of the Kingdom of Guatemala*, traducido por J. Baily (Londres, 1823).

[38] Preservada en la Colección Brinton en la Universidad de Pennsylvania está una copia del manuscrito, hecha por Karl Hermann Berendt, de «Sketches from Quiriguá,» de Baily, la que incluye algunos de los dibujos de Baily. Ver pieza 4042 en John M. Weeks et al., *The Library of Daniel Garrison Brinton* (Philadelphia: University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, 2002).

[39] Ver Luigi Berliocchi, *The Orchid in Lore and Legend*, traducido por Leonore Rosenberg y Anita Watson (Portland: Timber Press, 2000), y Merle A. Reinikka, *A History of the Orchid* (Coral Gables: University of Miami Press, 1972).

[40] James Bateman, «Substance of an Address Delivered before the Royal Horticultural Society at South Kensington, on Tuesday, February 19th, 1867, by James Bateman, Esq. E.R.S.,» en *Orchid History Reference Papers*, no. 7, ed. R.M. Hamilton (Richmond, B.C.: R.M. Hamilton, 1992), 2; y Peter Hayden, Biddulph Grange, Staffordshire: *A Victorian Garden Rediscovered* (Londres: George Philip, 1989), 46. En agosto del 2002 el periódico New York Times reportó que se había descubierto una nueva especie de orchídea en la tierras altas de Perú. Dentro de tres días de su descubrimiento, «lo que había sido una ladera musgosa de 500 de las nuevas orchídeas desmontadas [por cazadores de orchídeas], incluso de plantas de semilleros del tamaño de pulgadas» (Carol Kaesuk Yoon, «New Orchid Species Leaves Admirers Amazed,» *New York Times*, 13 de agosto de 2002, http://www.nytimes.com/2002/08/13/science/life/13ORCH.html [del 13 de agosto de 2002]).

[41] Orchídeas y antigüedades fueron encontradas juntas en muchas colecciones británicas privadas. La Knypersely Hall de Bateman contenía una colección de ruinas centroamericanas, probablemente coleccionada por Skinner (Hayden, Biddulph Grange, 123).

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

[42] El renombrado arqueólogo americano Ephraim George Squier –quien, como Stephens, disfrutó de un puesto diplomático en Centroamérica- buscó capitalizarse con su conocimiento de Nicaragua formando una compañía de tránsito con enfoque e esta región. Stephens dedicó sus energías y capital a la ruta de Panamá.

[43] Por las labores de R.M. Hamilton, historiador de orchídeas canadiense, una selección de las cartas de Skinner está disponible impreso ahora. Especialmente interesantes son las cartas de Skinner a William Hooker en Kew, las que muestran la interrelación estrecha entre las culturas de la historia natural y el interés emergente en la arqueología precolombina. Ver George Ure Skinner, *Orchids and Ordeals in Guatemala and England, 1830-1867: 260 Letters by George Ure Skinner and Friends*, ed. R.M. Hamilton, Orchid History Reference Papers, no. 12 (Richmond, B.C.: R.M. Hamilton, 1993).

[44] Para las aventuras de Ackermann en Latinoamérica, ver John Ford, Ackermann, *1783-1983: The Business of Art* (Londres: Ackermann, 1983), 84-89.

[45] Las poemas de Byron están citadas de *The Poems and Plays of Lord Byron*, 3 vol. (Londres: J.M. Dent, 1910), 1:227 y 2:35, respectivamente.

[46] Muriel E. Chamberlain, Lord Aberdeen: *A Political Biography* (Londres: Longman, 1983); y Lucille Iremonger, Lord Aberdeen: *A Biography of the Fourth Earl of Aberdeen, K.G., Prime Minister 1852-1855* (Londres: Collins, 1978).

[47] George Ure Skinner a Lord Aberdeen: 23 de julio de 1842; 25 de septiembre de 1845; y 27 de septiembre de 1845. Add. Mss. 43239 y 43244, Librería Británica. En 1844, el capitán Evan Nepean escribió a Aberdeen describiendo una colección grande de las antigüedades mexicanas cuales había adquirido de la Isla de Sacrificios, cerca de la costa del Este de México. La carta y un análisis de la colección de Samuel Birch, un conservador del Departamento de Antigüedades del Museo Británico, fueron publicados en la revista de la Sociedad de Antigüedades. Componiendo más de 1,000 objetos, la colección de Nepean fue adquirida por el Museo Británico en 1844. Ver Evan Nepean y Samuel Birch, «Letter from Captain Nepean, to the Right Hon. The Earl of Aberdeen, K.T., President, Communicating an Account of Certain Antiquities Excavated, under His Direction, in the Island of Sacrificios: Followed by a report Upon the Examination of Them, by Samuel Birch,» *Arquaeologia* 30 (1844): 138-43.

[48] Cámara de los Comunes, « Report from the Select Committee of the House of Lords, Appointed to Inquire into the Operation of the Act 3 & 4 Will. 4, C. 85, for the Better Government of Her Majesty's Indian Territories,» *Parliamentary Papers, 1852-53*, 21 de junio de 1852, vol. 30, 301. El enlace entre escribir, influencia desde lejos, y administración imperial también es evidente en un reporte

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

extraordinario por la Cámara de Comercio sobre Latinoamérica, elaborado en 1846, que estaba compuesto casi enteramente de extractos textuales de cuentas de viaje británicas. El reporte no se limitó a asuntos económicos, pero dirigió las maneras, costumbres, y características raciales de gente latinoamericana, todos filtrados por los prejuicios y exclusiones de escribir de viajes. Ver Cámara de Comercio, Commercial Tariffs and Regulations, Resources, and Trade, of the Several States of Europe and America, Together with the Commercial Treaties between England and Foreign Countries. Part the Sixteenth. States of Mexico (Londres, 1846).

[49] Citado en D.M. Young, *The Colonial Office in the Early Nineteenth Century* (Londres: Longmans, 1961), 137.

[50] Latour, «Drawing,» 55.

[51] Ver, entre otros: April Alliston, *Virtue's Faults: Correspondence in Eighteenth-Century British and French Women's Fiction* (Stanford University Press, 1996); Elizabeth Heckendorn Cook, *Epistolary Bodies: Gender and Genre in the Eighteenth-Century Republic of Letters* (Stanford: Stanford University Press, 1996); y Robert Adams Day, *Told in Letters: Epistolary Fiction before Richardson* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1966).

[52] Amanda Gilroy y W.M. Verhoeven, edc., *Epistolary Histories: Letters, Fiction, Culture* (Charlottesville: University Press of Virginia, 2000), 6, 13.

[53] Harold Love, *Scribal Publication in Seventeenth-Century England* (Oxford: Clarendon, 1993), 177.

[54] Thomas Richars, *The Imperial Archive: Knowledge and the fantasy of Empire* (Londres: Verso, 1993).

[55] Ver Young, *Colonial Office, 137, 285-86*; Ray Jones, *The Nineteenth-Century Foreign Office: An Administrative HIstory* (Londres: Wiedenfeld and Nicolson, 1971), 23-39 y Apéndice B; y Anne Thurston, *Records of the Colonial Office, Dominions Office,and Commonwealth Office* (Londres: HMSO, 1995), 30-40.

[56] Kenneth Bourne, *Palmerston: The Early Years, 1784-1841* (Nueva York: Macmillan, 1982), 430.

[57] Citado en Kenneth Bourne, «The Foreign Office under Palmerston,» en *The Foreign Office, 1782-1982*, ed. Roger Bullen (Frederick, MD: University Publications of America, 1984), 21.

[58] Ibídem, 20.

[59] Citado en Bourne, Palmerston, 420.

[60] Linda Colley, *Britons: Forging the Nation, 1707-1837* (New Haven: Yale University Press, 1992), 178. Para más información sobre este tema, ver su

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

capítulo 4, esp. 177-82.

[61] Edward Hertslet, *Recollecting of the Old Foreign Office* (Londres: John Murray, 1901), 77. Más referencias acerca de este trabajo están citadas en este texto.

[62] Citado en Bourne, *Palmerston*, 477.

[63] Latour, «Drawing,» 56; énfasis en original.

[64] Bourne, *Palmerston*, 446.

[65] Ibídem, 422.

[66] El astuto Chatfield arregló tener un negociador británico quien poseía una mina cerca de Copán, y fungió como su testaferro. Le dijeron que tenía que hacer una oferta para la tierra, diciendo que sus intereses eran el rasguño de reses y la cultivación de tabaco.

[67] Peter Brook, *Reading for the Plot: Design and Intention in Narrative* (Nueva York: Knopf, 1984).

[68] Martin Green, *Dreams of Adventure, Deeds of Empire* (Nueva York: Basic Books, 1979), 38; Joseph Bristow, *Empire Boys: Adventures in a Man's World* (Nueva York: HarperCollins Academic, 1991).

[69] René Girard, Deceit, *Desire, and the Novel: Self and Other in Literary Structure*, traducido por Yvonne Freccero (Baltimore: The John Hopkins University Press, 1972); Eve Kosofsky Sedgwick, *Between Men: English Literature and Male Homosocial Desire* (New York: Columbia University Press, 1985), 23,2.

[70] El uso de la carta privada de Wodehouse no hubiera parecido raro a Palmerston, quien era conocido por animar a ministros a escribirle inoficialmente, a la consternación de la reina Victoria.

[71] En el reporte parlamentario del año 1835 sobre el Museo Británico –una de varias investigaciones importantes del siglo diecinueve sobre la institución- el tema del científico extranjero se levantó durante la pregunta de J.G Children, conservador de las colecciones zoológicas. Pregunta: «¿No ocurre a veces que naturalistas extranjeros de eminencia serían muy complacidos de llegar a un entendimiento con el Museo Británico a coleccionar por ellos en sus viajes y excursiones de descubrimiento? ... No tengo ninguna duda de que se cierto, y que encontraríamos muchos que participarían en esa correspondencia» (Cámara de los Comunes, «Report from the Select Committee appointed to inquite into the Condition, Management and Affairs of the British Museum,» *Parlimentary Papers*, 1836, vol. 10, 225).

[72] Skinner, Orchíds, 173.

[73] Norman Hammond, en continuación al trabajo de Ian Graham, escribe que la apariencia de este reporte y los dibujos en Londres resultó de la publicación del

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

reporte de Méndez en Berlin en 1853 junto con una seria relacionada de dibujos. Mi investigación sugiere que emergieron de la consulta del Museo Británico al Ministerio de relaciones exteriores de Gran Bretaña sobre el estatus de su complot maya («Nineteenth-Century Drawings of Maya Monuments in the Society's Library,» *Antiquaries Journal* 64 [1984]:86).

[74] Ibídem, 97-101. El reporte se reimprimió en *Anales de la Sociedad de geografía e historia de Guatemala* 7, no. 1 (1930): 88-94.

[75] Citado en Jenkins, *Archaeologists*, 61.

[76] Nancy Leys Stepan observa que entre los álbumes de fotografías de tipos raciales, que conservó Louis Agassiz para sus estudios científicos, se encontraban fotografías de estatuas clásicas como la Venus de Milo y Apollo Belvedere, encajadas con fotografías de perfil de otros raciales para ilustrar la logia contrastiva del pensamiento racial (*Picturing Tropical Nature* [Ithaca: Cornell University Press, 2001], 94).

[77] Ian Graham describe la extracción de uno de los derrumbes de Yaxchilán de Maudslay así: «como para el derrumbe, con un peso estimado de todavía alrededor de una tonelada aunque fue reducido por la mitad de su grosor por Maudslay, no había ninguna otra manera de llevarlo como azotado a un polo cargado en los hombros de hombres. No sorprendió que los hombres se tardaron varios días en llegar a Sacluk. Allí, Maudslay fue capaz de reducir su grosor un poco más con un serrucho que compró de un leñador. ... [Eventualmente fue]llevado por diecisiete indios hasta El Cayo, Honduras británica, de donde se podía llevar a lo largo del río para abajo hasta Belice para envío» (Maudslay, 105).

[78] «Dr. Karl Ritter Von Scherzer,» *Geographical Journal* 21, no. 4 (1903): 463. Una contribución notable de Scherzer fue la publicación de una versión en español de Popul Vuh en 1857, la que encontró en la librería de la universidad en Guatemala. Esta fue la primera publicación del texto, aunque su existencia está probada desde finales del siglo dieciocho (Las historias del origen de los Indios de esta Provincia de Guatemala ... [Londres, 1857]). Para el papel de Scherzer en publicar el texto, ver Sylvanus G. Morley, ed., «Popul Vuh»: *The Sacred Book of the Ancient Quiché Maya* (Norman: University of Oklahoma Press, 1950).

[79] Scherzer, *On Measurements as a Diagnostic Means for Distinguishing the Human Races* (sin imprenta: 1858), 2; énfasis en original. Ver también Joseph Barnard Davis, «On the Method of Measurements, as a Diagnostic Means of Distinguishing Human Races, Adopted by Drs. Scherzer and Schwarz, in the Austrian Circumnavigatory Expedition of the 'Novara,'» *The American Journal of Science and Arts* 2do, ser. 29, no. 87 (1860): 329-35. Un resumen de los logros

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

de Novara elaborado para la exhibition internacional de 1862 observó que «debe crear un sentimiento de orgullo y satisfacción en la mente de un alemán el hecho de atestigar que es la raza gemela anglosajona a la que parece que ha sido reservada la difusión de una nueva vida encima del mundo» (Exhibición Internacional de 1862, Outline of the Principle Aims and General Scientific Results of the Novara Expedition, Undertaken During the Years 1857, 1858, and 1859 [sin imprenta: 1862]), 6.

[80] En 1936, el periódico *Maya Research*, en base del manuscrito incompleto de la librería de la Universidad de Tulane, publicó una parte del reporte más largo y más importante de ellos, tomado del diario de Scherzer (Carl Scherzer, «A Visit to Quiriguá,» *Maya Research* 3, no. 1 [1936]: 92-101). Según mi conocimiento, el reporte que sometió Scherzer a los fideicomisarios del Museo Británico (42 páginas, con fecha del 18 de noviembre de 1854) nunca ha sido publicado, aunque seleccionó de él en un folleto publicado en Vienna en 1855 (*Ein Besuch bei den Ruinen von Quirigua im Staate Guatemala in Central-Amerika* [Vienna: 1855]). Por facilidad de referencia, donde hay un acuerdo entre la versión publicada y el manuscrito en el Museo Británico, cito lo anterior con páginas. Por lo demás, proporciono números de folio del manuscrito enviados a los fideicomisarios, que ahora se encuentran en los archivos centrales del Museo Británico.

[81] Ver Annie E. Coombres, *Reinventing Africa: Museums, Material Culture and Popular Imagination in Late Victorian and Edwardian England* (New Haven: Yale University Press, 1994), 43-62.

[82] Scherzer, «A Visit,» 98.

[83] Coombes, *Africa*, 44.

[84] Scherzer, «A Visit,» 98.

[85] Para la donación de Stevenson, ver los registros en el Museo Británico, Departamento de Etnografía (1857.4-14). Durante las próximas décadas, la colección etnográfica del museo tronó, aumentando de 3,500 a más de 38,000 hasta finales del siglo. Entre las colecciones mexicanas más importantes que entraron al museo era la que se legó por Henry Christy en su muerte en 1865. Christy se había encontrado con Edward B. Tylor en La Habana y los dos viajaron juntos a través México en mediados de los años 1850, hacia el final del complot examinado aquí; el reporte de Tylor aparece en *Amahua: Or, Mexico and the Mexicans, Ancient and Modern* (Londres, 1861). La colección de Christy era a alcance global, pero las antigüedades mexicanas ancianas, muchos de los que están expuestos en la Galería Mexicana, están particularmente renombrados.

[86] Para estos objetos, ver John W. Boddam-Whetham, *Across Central America*

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

(Londres, 1877), 301; Valerie Meyer-Holdampf, *Tikal-Abenteuer und Entdeckung: Auf den Spuren der Alten Mayavölker* (Frankfurt: Fouqué Literaturverlag, 2000), 138-71; y Sylvanus Griswold Morley, *The Inscriptions of Peten* (Washington: Carnegie Institution, 1938), 77-83.

[87] Una colección de estereógrafos guatemaltecos y los folletos acompañantes (*Description of a Series of Photographic Views of the Ruins of Copan* [Londres, 1863]) están guardados en la librería de la Universidad de Princeton. El diario guatemalteco de Caroline Salvin, su esposa, ahora se publicó en una edición espléndida bilingual (Caroline Salvin, *A Pocket Eden: Guatemalan Journals 1873-1874* [South Woodstock, VT:Plumsock Mesoamerican Studies, 2000]).

[88] Roger Fry, *Last Lectures* (Cambridge: Cambridge University Press, 1939), 87.

[89] Anne Cary Maudslay y Alfred Percival Maudslay, *A Glimpse of Guatemala, and Some Notes on the Ancient Monuments of Central America* (Londres, 1899), 86. Sobre los indios, Alfred Maudslay dijo lo siguiente: «Ignorantes, perezosos, sucios, y ebrios, así como es esa gente sin duda, me parecen alegres, amables y honestos» (139).

[90] El desdén magistral de Alfred Maudslay para los oficiales centroamericanos quienes pasaban para observar su trabajo (129-31) está repetido por su contemporánea Zelia Nuttal, quien se quejó ampliamente sobre las condiciones bajo las que el gobierno mexicano «acepta el trabajo científico voluntario,» que incluyó el requisito que sus excavaciones tienen que ser vigiladas por el inspector de monumentos arqueológicos, requerido así por la ley mexicana («The Island of Sacrifices,» *American Anthropologist* 12, no. 2 [1910]: 257-95; ver esp. 277-79).

[91] Citado en Williford, «Las luces,» 38. Para las expediciones, ver Claxcon, «Miguel Rivera Maestre,» 393-94; y J. Antonio Villacorta C., *Historia de la República de Guatemala* (1821-1921) (Ciudad de Guatemala: sin imprenta, 1960), 354.

[92] «Disposiciones oficiales que se han venido dictando desde el año de 1845 para la conservación de los monumentos y vestigios arqueológicos existentes en Honduras,» *Revista del archivo y biblioteca nacional de Honduras* 18, no. 4 (1939): 180; para la historia de esas leyes, ver Daniel F. de la Borbolla Rubin y Pedro Rivas, *Honduras: Monumentos históricos y arqueológicos* (Ciudad de México: Consejo Internacional de la Filosofía y de las Ciencias Humanas, 1953), 16, 27.

[93] «Disposiciones,» 180. Para una revisión detallada de estas leyes y la depredación que se pensaba que contenían, ver Ricardo Agurcia Fasquelle, «La depredación del patrimonio cultural en Honduras: El caso de la arquología,» *Yaxkin* 8, no. 2 (1984): 83-91.

Derechos Reservados IHAH

Procesamiento Técnico Documental
Digital UDI-DEGT-UNAH

[94] Sara Suleri, *The Rhetoric of English India* (Chicago: University of Chicago Press, 1992), 12.
[95] William Bullock, *Six Months' Residence and Travels in Mexico* (Londres, 1824), 341-42.
[96] Ibídem, 342.
[97] Boddam-Whetham, *Central America*, 179. Cf. Maudslay y Maudslay, Glimpse, 131.

Derechos Reservados IHAH